



Dr. Plinio

Publicación Mensual Vol. IV - Nº 36 Abril de 2021

*A la espera de la Pascua
del Reino de María*

Archivo Revista



Vuelo de la inocencia

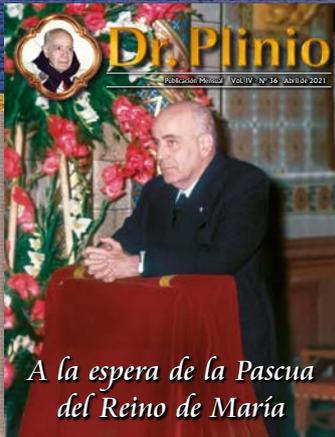
Lo que, en el fondo, está muy presente en la mirada de Doña Lucilia es la connaturalidad con las alturas. Es un cordero que se dejó llevar por las garras del águila y que apacienta en las alturas con la mansedumbre de una oveja en las praderas. He aquí el fruto de una entrega completa, es el vuelo de la inocencia.

La inocencia, con facilidad, lleva al cordero a ser transportado por el águila. Lo que en nosotros no se deja transportar por el águila son las partes pesadas – por así decir, abdominales – que perdieron el gusto de la inocencia. Lo que en nuestras almas se ha convertido en “abdomen”, es decir, en el deseo intemperante de los placeres de la vida, no quiere ser llevado por el águila a lo alto de los montes.

(Extraído de conferencia de 3/04/1983)

Sumario

Vol. IV - No. 36 Abril de 2021



En la portada, el Dr. Plinio el 6/5/1969.

Foto: Archivo Revista

Las materias extraídas de exposiciones verbales del Dr. Plinio — designadas como “conferencias” — son adaptadas al lenguaje escrito, sin revisión del autor

Dr. Plinio

Revista Mensual de Cultura Católica

Director:

Roberto Kasuo Takayanagi

Consejo Consultivo:

Antonio Rodrigues Ferreira
Carlos Augusto G. Picanço
Jorge Eduardo G. Koury

Redacción:

Traducida de la edición brasileña y editada en Colombia por PRODENAL con las debidas autorizaciones de la Editora Retornarei Ltda. de San Pablo - Brasil

* * * * *

PRODENAL

Carrera 13 No. 75-20 Apto. 203
Tel (57 1) 312 0585
Bogotá - Colombia
prodenal@gmail.com

Para obtener la versión digital de números anteriores, ir a:
<http://cabalerosdelavirgen.org/articulo/revista-dr-plinio>

Plinio Corrêa de Oliveira

San Pablo – Brasil
13/XII/1908 – † 3/X/1995
Pensador y escritor católico

EDITORIAL

- 4 *De los escombros de la Revolución surgirá el Reino de María*



PIEDAD PLINIANA

- 5 *Sonrisa inefable*



DOÑA LUCILLA

- 6 *El caminar de la esperanza hacia la seriedad y el sacrificio*



REFLEXIONES TEOLÓGICAS

- 11 *El largo retraso permitido por Dios*

PERSPECTIVA PLINIANA DE LA HISTORIA

- 16 *Consideraciones sobre el Brasil Imperio - II*



SANTORAL

- 24 *Santos de Abril*



HAGIOGRAFÍA

- 26 *Cuando el cielo y la tierra estaban cerca*



LUCES DE LA CIVILIZACIÓN CRISTIANA

- 31 *Quedaba por enfrentar la última batalla*



ÚLTIMA PÁGINA

- 36 *Eminente cooperadora en la obra de la Redención*

De los escombros de la Revolución surgirá el Reino de María

Tres momentos de la Pasión y Muerte de Nuestro Señor Jesucristo son particularmente apropiados para alimentar nuestras meditaciones el Viernes Santo.

La Crucifixión, culmina con el *consummatum est*, cuando el Alma santísima del Salvador se separó de su Cuerpo sagrado. La Víctima expiró, el sacrificio se hizo y la Redención se operó. En ese momento fuimos redimidos y la fuente de todas las gracias se abrió para nosotros.

Después de su muerte, el Corazón del Divino Redentor fue perforado por la lanza de Longinos que hirió, así, el propio símbolo del amor, traspasado por el furor de los perseguidores. Aunque algunos intérpretes sostienen que esto fue hecho con la intención de evitar una agonía muy larga, sin duda fue la saña de sus enemigos que llegó hasta su Sagrado Corazón, del cual brotó la última gota de sangre y agua derramada por nosotros, mostrando hasta qué extremos llegaba su misericordia, bondad y condescendencia hacia los hombres.

Contemplando esta escena, debemos pedir que el Señor tenga compasión de nosotros, de todos aquellos que se esfuerzan por santificarse y de los que, habiendo abandonado el mal camino, emprendieron el camino de la conversión. Que, por misericordia, el Divino Crucificado atraiga a todas las personas a sí, los confirme y los lleve adelante por las sendas de la santidad.

Otro es el momento en que el cuerpo inerte de Nuestro Señor yace en el regazo de la Santísima Virgen. Aquí, pidamos dos gracias; primeramente, la de comprender el sentido de la Pasión de Jesucristo. Muchos meditan en la Pasión con indiferencia: “Es algo que ya pasó ¿yo qué tengo que ver con eso?” Ahora, en el *Vía Crucis* se acostumbra a cantar: “Santa Madre, clavado en mí, de verdad, las llagas de Cristo”. O sea, haced que tenga la vivencia de la solidaridad con Cristo, que me compadezca de Él, que haga mío su dolor y que viva teniendo presente su Pasión.

En segundo lugar, pensemos en la Iglesia que atraviesa hoy una Pasión parecida con la de Nuestro Señor Jesucristo. Supliquemos la gracia de salir de la mediocridad para tener constantemente delante de nuestros ojos la tremenda Pasión por la que está pasando la Santa Iglesia Católica.

Al contemplar un tercer momento – Cristo en el sepulcro, lívido, abandonado – debemos considerar que murió, pero resucitó. En muchas ocasiones la Santa Iglesia parece muerta, pero nunca muere. A pesar de no poder resucitar, siempre resurge de todas sus derrotas y humillaciones. Por tanto, por humillada y profanada que esté hoy, es innegable que la Esposa de Cristo se levantará, y de los escombros del reino de la Revolución surgirá el Reino de María.

Que la Virgen nos dé la perspectiva de esta Pascua de su Reino, que será algo así como la Resurrección de Nuestro Señor Jesucristo. En este momento en que la causa católica se encuentra como en estado cadavérico en un sepulcro, que María Santísima nos dé la confianza inquebrantable de que, incluso en nuestros días, veremos el Reino de su Sapiencial e Inmaculado Corazón*.

* Cf. Conferencia del día 7/4/1966



DECLARACIÓN: Conformándonos con los decretos del Sumo Pontífice Urbano VIII, del 13 de marzo de 1625 y del 5 de junio de 1631, declaramos no querer anticipar el juicio de la Santa Iglesia en el empleo de palabras o en la apreciación de los hechos edificantes publicados en esta revista. En nuestra intención, los títulos elogiosos no tienen otro sentido sino el ordinario, y en todo nos sometemos, con filial amor, a las decisiones de la Santa Iglesia.

Sonrisa inefable

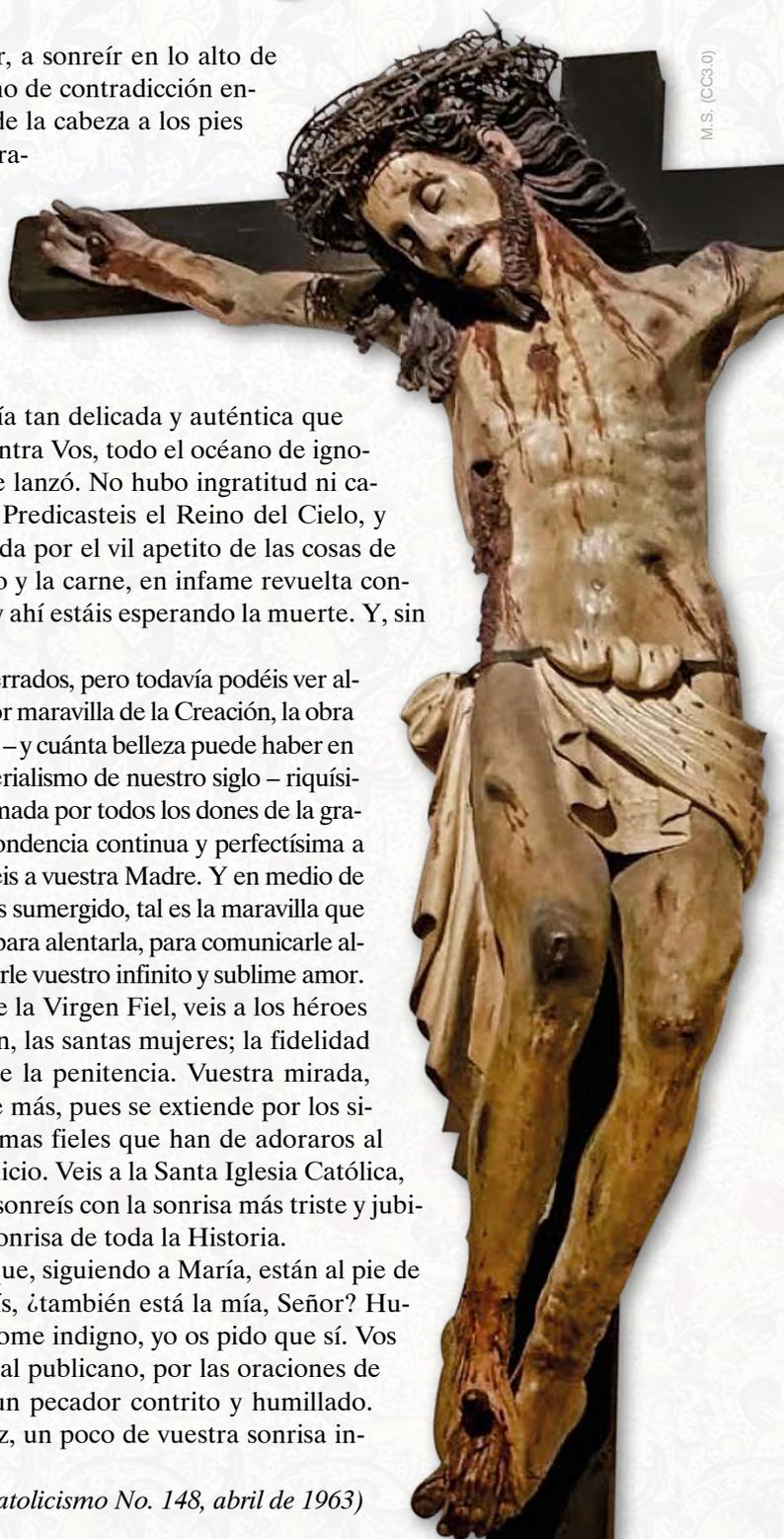
¿Qué os llevaría, Señor, a sonreír en lo alto de la Cruz? ¡Qué abismo de contradicción entre los dolores que de la cabeza a los pies atormentan vuestro Cuerpo sagrado, y esa sonrisa que florece dulce, suave, afable, entreabriéndoos los labios e iluminándoos el rostro! Sobre todo, Señor, ¡qué contradicción entre el abismo de dolores morales que llena vuestro Corazón, y esa alegría tan delicada y auténtica que transluce en vuestro Rostro! Contra Vos, todo el océano de ignominia y de la miseria humana se lanzó. No hubo ingratitud ni calumnia que dejaseis de recibir. Predicasteis el Reino del Cielo, y vuestra predicación fue rechazada por el vil apetito de las cosas de la Tierra. El demonio, el mundo y la carne, en infame revuelta contra Vos, os llevaron al patíbulo, y ahí estáis esperando la muerte. Y, sin embargo, ¡sonreís! ¿Por qué?

Vuestros párpados están casi cerrados, pero todavía podéis ver algo. Y lo que veis es, Señor, la mayor maravilla de la Creación, la obra prima del Padre Celestial, un alma – y cuánta belleza puede haber en un alma, aunque lo ignore el materialismo de nuestro siglo – riquísima e íntegra en su naturaleza, colmada por todos los dones de la gracia, y santificada por una correspondencia continua y perfectísima a todos esos dones. Veis a María. Veis a vuestra Madre. Y en medio de todos los horrores en los que estáis sumergido, tal es la maravilla que veis, que sonreís afectuosamente, para alentarla, para comunicarle algo de vuestra alegría, para expresarle vuestro infinito y sublime amor.

Vos veis a María. Y al lado de la Virgen Fiel, veis a los héroes de la fidelidad: el Apóstol virgen, las santas mujeres; la fidelidad de la inocencia y la fidelidad de la penitencia. Vuestra mirada, para la cual todo es presente, ve más, pues se extiende por los siglos y os hace ver a todas las almas fieles que han de adoraros al pie de la Cruz hasta el día del Juicio. Veis a la Santa Iglesia Católica, vuestra Esposa. Y por todo eso sonreís con la sonrisa más triste y jubilosa, la más dulce y compasiva sonrisa de toda la Historia.

Entre las miríadas de almas que, siguiendo a María, están al pie de la Cruz, y para las cuales sonreís, ¿también está la mía, Señor? Humilde, arrodillado, reconociéndome indigno, yo os pido que sí. Vos que no expulsasteis del Templo al publicano, por las oraciones de María no apartaréis de Vos a un pecador contrito y humillado. Dadme, desde lo alto de la Cruz, un poco de vuestra sonrisa inefable, oh, buen Jesús.

(Extraído de Catolicismo No. 148, abril de 1963)





El caminar de la esperanza hacia la seriedad y el sacrificio

Desde niña, Doña Lucilia tenía la vaga noción de que un inmenso holocausto la esperaba, y lo aceptó sin flaquear. Era, en el fondo, la previsión del aislamiento y de la renuncia total sin perder, empero, la noción de su dignidad ante de Dios, porque a eso corresponde una forma de excelencia del alma.

Hace algunos años atrás, al ver una fotografía de mi madre cuando joven, en la edad en que estaba frecuentando la sociedad – se casó un poco tarde, a los treinta años –, yo tenía mucha incomprensión con relación a la moda del sombrero como el que ella usaba. Es curioso, pero viendo otra vez la foto hoy, me parece interesante, muy bien cortado y colocado. A propósito, era mandado a hacer sobre medida, no se compraba en un almacén.

Un peregrinar rumbo al sacrificio

Se ve en la sucesión de las fotos de ella el caminar de la esperanza hacia la seriedad y el sacrificio, hasta llegar al *Quadrinho*¹, donde la inmola-

ción ya está hecha. No es que no haya seriedad en la foto de la juventud, pero la nota preponderante en la foto tomada en París ya es la seriedad. Más aún en la inauguración del “*Legionário*”; y en el *Quadrinho* la inmola-

ción está concluida. En la fotografía antes del matrimonio, a pesar de tener cierta juventud, se nota que *animam suam in manibus suis semper tenens*². En la tomada en París, la madurez ya está entrando; ella no pensaba que se le pidiese tanto. En la primera, ella ve de frente un panorama más grande de lo que suponía y está comenzando el análisis. En la de París, el análisis ya se encuentra adelantado y en la del “*Legionário*” la inmola-

ción está avanzada. En el *Quadrinho*, ella ya está lista para lo que venga, como diciendo:





Archivo Revista

“¡Estoy lista para la inmolación!” La inmolación está hecha. Es lo que trato de expresar cuando digo, refiriéndome a esta pintura: *Ite, vita est*³. Es decir, ya está medio entrando en la gloria. *Consummatum est*⁴.

Esa era su fisonomía casi habitual, incluso más acentuada cuando yo salía con alguna “truculencia”: ella se reía, daba unos toquitos con sus dedos en mi mano, pero con mucha complacencia. Un equilibrio extraordinario. En todas las actitudes mantenía una mirada profunda, una elevación de espíritu enorme.

A propósito, ella era eminentemente brasileña. No hay ninguna nota no brasileña ahí. Propiamente, ella tenía mucho la vocación unitiva, comunicativa del pueblo brasileño, de inducir a cierto cariño, a cierto afecto.

Eso se explica mejor tomando en consideración que las virtudes que Doña Lucilia veía en su padre – el Dr. Antonio Ribeiro dos Santos, a quien no conocí – de hecho, correspondían a las que ella tenía. A veces se tenía la impresión de que mi madre estaba describiéndose a sí misma sin darse cuenta.

Un mundo relajadamente católico

La religiosidad de Brasil era la de Portugal, por lo cual había una conti-



Bautismo (por Juan Pablo Salinas Teruel) –acervo particular

nidad muy marcada del ambiente religioso portugués en Brasil. No obstante, había una peculiaridad: en el tiempo del Dr. Antonio, Brasil estaba marcado por una religiosidad profunda de pueblos que, a pesar de ser decadentes, vivían engañándose sobre su propia decadencia. Aquellos personajes de los cuadros de Salinas⁵, por ejemplo, son unos decadentes “de cuatro costados”, pero no dan la impresión de estar pensando en la propia decadencia; ellos hacen abstracción, por ejemplo, de la idea de que una Inglaterra poderosa y floreciente estaba tomando cuenta del mundo, y que la España de Don Felipe II ya no es nada. Ellos viven como si estuviesen en la cumbre. Y Portugal, en menor proporción, hacía lo mismo.

Naturalmente, sabían que había naciones protestantes, pero estas no hacían parte de su circuito y, en ese sentido, no existían. Para ellos el mundo entero era católico y no les pasaba por la mente que algún día pudiese dejar de serlo.

Pero, por otro lado, era un mundo relajadamente católico, y tampo-

co se les pasaba por la cabeza dejar, ellos mismos, de ser relajadamente católicos. Luego, la idea de un mundo fervorosamente católico, como nosotros lo soñamos, no entraba en esa religiosidad, pura y simplemente.

Eso era así en toda Suramérica. Por cierto, todavía había trazos ardorosos y hasta magníficos de esa religiosidad en España, así como en Portugal, por donde se ve que la España agredida por José Bonaparte reaccionó como sabemos. Atacada, después, por varios otros factores, inclusive por la revolución de Franco, España reaccionó magníficamente. También, en la misma línea, agredida la Religión en Brasil, por ejemplo, en el tiempo de Dom Vital, salió aquella reacción. Atacada en México, dio en los Cristeros; García Moreno, en Ecuador, etc. Es decir, era una hoguera dentro de la cual las reacciones surgían de repente. ¡Cosas magníficas! No obstante, era una hoguera con algunas brasas fresquísimas, algunos pedazos de leña que aún ardían y mucha ceniza sucia, formando un conjunto.

Los tipos ideales de esa gente eran, en general, católicos muy buenos, capaces de admirar, por ejemplo, a un García Moreno y a la Religión como debía ser practicada en la clase alta de la sociedad, donde tener acendradas virtudes morales aún constituía un adorno necesario del hombre.

Cómo Doña Lucilia presentía algo de la vocación de su hijo

Doña Lucilia idealizaba las cosas y consideraba que un gran número de señoras de su tiempo eran así. Ella, cuando joven, veía el ambiente según ese prisma, sin percibir hasta qué punto estaba putrefacto, y formó su alma justamente dentro de esa atmósfera, teniendo a la Iglesia como foco de eso. La ruptura con el ambiente vino más tarde.

Por otro lado, ella contaba con grandes gracias hacia el futuro, que por lo menos realizarían una plenitud deseada por su alma, pero dentro del marco de una señora del tiempo y del ambiente suyos.

Con relación a mí, ella presentía un llamado, una vocación para algo

interior unido a Dios, a un pináculo de alma, que ella deseaba realizar, al cual esperaba ascender, que de hecho correspondía a la santidad, pero ella no percibía que se identificaba con la santidad.

Es necesario tener en consideración que desde muy pequeño sentí fluctuar a mi respecto, en torno de mí, en las personas que vivían en casa – que eran muchas –, una atmósfera de cierta predestinación, no propiamente religiosa, sino en la línea de un legado cultural, literario, político, etc., de mi bisabuelo, el Dr. Gabriel, correspondiente a una especie de herencia yacente que nadie de mi generación estaba cogiendo, y que se sentía que yo era predestinado a coger; así como también la herencia de mi tío abuelo João Alfredo, él mismo tenido como el retoño más glorioso de una familia de mucha ilustración que brilló tanto en él; en mí podría brillar también, con los talentos, la habilidad y el realce de él. Entonces, cualquier prueba de un poco más de inteligencia que yo daba, sentía las miradas que decían: “¡Ya vio, eso es!”

Yo percibía que en la mente de ella eso proporcionaba la idea de un hombre brillantísimo, de futuro, que uniese la virtud de mi abuelo al talento de Gabriel José y con lo cual pasaba por encima de la genialidad de João Alfredo, y que todo eso iba a confluír en mí. Es posible que eso existiese en su espíritu, porque ella misma me trataba como un niño medio predestinado, discretamente, sin nunca decírmelo.

Había, por lo tanto, una especie de observación en torno de mí, y cuando aparecía cualquier cosita un poco más relevante de mi parte, yo

percibía una intercomunicación por mi espalda, que tomaba con mi acostumbrada negligencia: “Eso es con ellos. Yo voy a ser lo que debo ser, y ellos que se las arreglen con esos mitos.”

Sin embargo, en eso no entraba de parte de ella vanidades ni envidias. Nunca noté en ella combates para yugular ese tipo de sentimientos. Noté, eso sí, una resolución dolorosa, aceptada y ejecutada sin vacilación, gradualmente desarrollada en la medida en que los hechos lo exigían, pero llevada hasta el fin. Nunca percibí indecisiones ni aflicciones en ese combate.

Un inmenso holocausto la esperaba

Analizando diversas fotografías de mi madre, pude constatar también otra cosa: desde el comienzo, el holocausto llevado hasta el último punto, previsto y aceptado. Era, en el fondo, la previsión del aislamiento y de la renuncia total. En su mirada se nota una tristeza de quien ya previó lo peor.

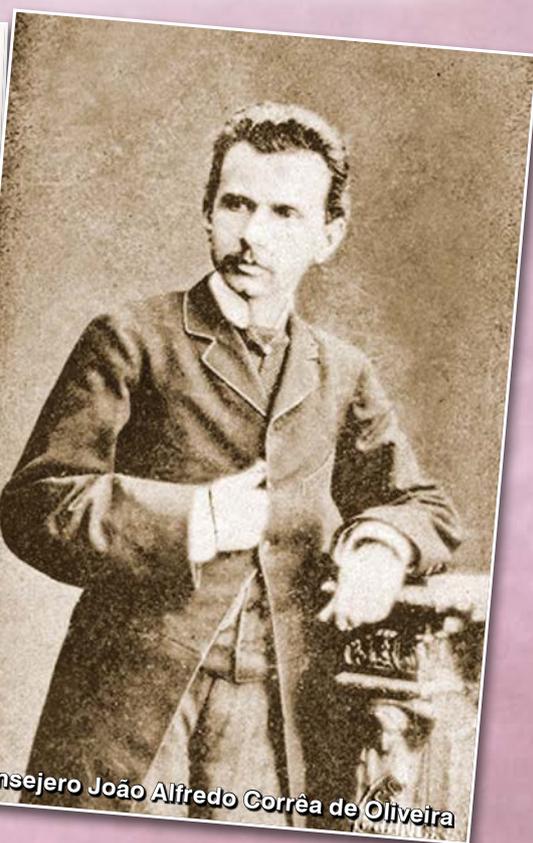
Cabe aquí la comparación con la agonía de Nuestro Señor Jesucristo en el Huerto, porque Él, que en ningún momento vaciló, ni tuvo aflicciones de quien se sentía empujado hacia el lado opuesto, se entregó enteramente desde el primer instante, pero a medida que Él veía el futuro que iba llegando, comenzaba a sudar sangre. Sin embargo, nunca titubeando. No quiero afirmar si mi madre titubeó o no. Apenas deseo decir que ella vio desde el primer instante su crucifixión. Eso se verifica en su fotografía aún de niña: es la noción vaga de que un inmenso holocausto la esperaba, y ella lo aceptó sin flaquear en ningún momento.

No sé qué habrá pasado en su intimidad durante las pruebas que le sobrevinieron, pero la actitud interna de su alma, en esas ocasiones, fue la de quien no había sufrido la menor disminución en esa elevación superior de la cual hablé.

Quien analiza las fotografías de ella en su tiempo de soltera, no puede



Dr. Gabriel José Rodrigues dos Santos



Consejero João Alfredo Corrêa de Oliveira



hacer la acusación de una mujer tibia que no hizo ningún esfuerzo para frecuentar los Sacramentos; es por excelencia lo que no había. No obstante, ella vino a aprender conmigo todo el aspecto combativo de la Iglesia.

A mi modo de ver, en Doña Lucilia había una tendencia metafísica a partir de la idea de elevación, de perfección moral. De acuerdo con el concepto existente en su tiempo, los santos eran muy raros. Mi madre no sabía que era contemporánea de una gran santa, y la idea de que ella misma se hiciese santa no le pasaba por la cabeza. Ella quería llegar hasta ese punto elevado que vislumbra, pero creía que ser santo era algo todavía mucho más alto.

Su atención estaba mucho más vuelta hacia el lado de la santidad de Nuestro Señor Jesucristo y del

alma como debe ser con relación a Él, que, hacia el lado socioeconómico, por donde la plenitud intuida por ella correspondía a su misión de madre de familia.

Una excelencia del alma

No obstante, a Doña Lucilia le gustaba mucho la dignidad temporal que ella tenía, no por vanidad, sino por la nobleza intrínseca de la cosa, dentro del siguiente ámbito: toda familia existe necesariamente en un medio social y debe apreciar su situación sin menospreciar a quien está abajo, ni envidiar a quien se encuentra arriba.

Me acuerdo de la divisa de una familia francesa, a propósito, muy noble, los Rohan: *“Roi ne puis, prince ne daigne, Rohan je suis* – Rey no puedo ser, príncipe no soy digno, soy un Rohan.”

Ella no tenía en Brasil una posición correspondiente a los Rohan en Francia, pero era más o menos como quien dijese: “No soy de esos páramos de una familia propiamente noble de Europa; tampoco soy una cualquiera. Yo soy Lucilia Ribeiro dos Santos Corrêa de Oliveira, y esto lo aprecio altamente.”

Era el valor metafísico de la familia, entendida como estirpe y con todo su patriarcalismo y, en cuanto tal, teniendo importancia delante de Dios, porque a eso corresponde una forma de excelencia del alma. Es decir, propiamente, a la persona de cierto medio social le conviene que haya santidad correspondiente a su clase. Es, por tanto, un valor de alma. Doña Lucilia no despreciaba a quien no lo tuviese, en absoluto; pero quien lo tiene debe valorizar eso e incluir como uno de los elementos de su santidad. Me parece que eso está correcto.

En ese sentido, mi madre era fuertemente lo contrario de la Revolución, aunque no fuese polémicamente contrarrevolucionaria, pues toda la idea de la Revolución en cuanto procurando conquistar el mundo no estaba nítidamente presente en su espíritu. ❖

(Extraído de una conferencia de 25/1/1986)

-
- 1) Cuadro al óleo que le agradó mucho al Dr. Plinio, pintado por uno de sus discípulos con base en las últimas fotografías de Doña Lucilia.
 - 2) Del latín: Siempre tuvo su alma en las manos.
 - 3) Del latín: Id, la vida está terminada.
 - 4) Del latín: Está consumado (Jn 19, 30).
 - 5) Juan Pablo Salinas Teruel (*1871 - †1946). Pintor español que se dedicó principalmente a pintar escenas que reflejan costumbres y ambientes, entre los cuales se encuentra la vida de corte en los siglos XVII y XVIII.

Resurrección - Iglesia
de Santa María Novella,
Florencia, Italia

El largo retraso permitido por Dios

Aunque la Iglesia Católica nunca morirá, a veces parece que fue puesta en un sepulcro. Sin embargo, así como Nuestra Señora estaba segura de que Nuestro Señor Jesucristo resucitaría, también nosotros debemos estar convencidos de que la Iglesia resurgirá milagrosamente de esta especie de muerte aparente, y creer en la realización de las profecías, en la victoria y en el Reino de María.

Cuando se llegó al auge de la Edad Media, por la idea de que se establecía la Civilización Cristiana, que la Iglesia llegaba a una plenitud, se intensificó entre los medievales la devoción a Cristo Resucitado, y el número de Iglesias consagradas a esa invocación aumentó considerablemente, lo que es muy bonito.

La Iglesia está en una muerte aparente

Yo no vi tratar ese tema en libros de piedad, pero un aspecto en el que

se debería poner más atención es la devoción de Nuestra Señora durante los tres días en que Jesús estuvo en el sepulcro. Porque existe una analogía entre la situación de la Iglesia hoy en día y Nuestro Señor en el sepulcro.

La Iglesia Católica no está muerta, pero la apariencia es que ha sido puesta en una sepultura. Ella no va a resucitar porque no murió, pero de esa especie de muerte aparente ella saldrá milagrosamente. Entonces, nosotros estamos en esos tres días – número históricamente real, pero de valor simbólico – de Nuestro Señor en el sepulcro.

Para la Santísima Virgen era tremendo por las añoranzas que sentía de Él. Análogamente, son nuestras añoranzas de la Iglesia, cómo fue y, sobre todo, cómo no la alcanzamos a conocer. Esas añoranzas deben sernos duras en este período.

Así como Nuestra Señora estaba segura de que Nuestro Señor Jesucristo resucitaría, también nosotros debemos estar convencidos de que la Iglesia no murió, y pasar por esta prueba: creer en el cumplimiento de las profecías hechas en Fátima, en la victoria y en el Reino de María.



Nuestra Señora adoraba el cadáver de su Divino Hijo en unión hipostática inmutable con la Segunda Persona de la Santísima Trinidad, pero, sin embargo, estaba muerto. Entre tanto, el auge de su devoción era adorarlo ya resucitado.

También nosotros debemos amar la Santa Iglesia en esa muerte aparente en que está, pero teniendo seguridad que “resucitará”, amarla desde ya como ella será en el futuro; nos deben alimentar ideas, esperanzas, percepciones del Reino de María y prepararnos para el día de la resurrección.

Quise hacer esta reflexión por ocasión de la Cuaresma y de la Semana Santa.

Uno de los elementos de la decadencia del hombre

Es una cosa curiosa, pero el triunfo deteriora a quien no conserva en su boca o en su memoria la amargura de las pasadas derrotas. Esto es sistemáticamente así. Uno de los elementos de decadencia del hombre es cuando piensa que lo que tiene es bueno – y, hasta excelente, a veces – enteramente normal y todos sus inferiores son unos infelices, porque no tienen sino lo que la vida debe dar. Cuando el individuo forma esa noción de la existencia, comienza a deteriorarse.

El punto de referencia es otro. Se debe pensar que lo común en este valle de lágrimas es el estado de mendigo, y cualquier cosa que esté por encima de la indigencia ya representa una cierta ventaja. De tal manera que, cuando en la indigencia le



Oración en el Jardín - Museo Diocesano, Barbastro, España

dan un pan, debe dar gracias a Dios. Y si llega a tener un poquito más que la miseria, puede desear más, pero nunca maldecir aquel poco, jamás dejar de reconocer que ese poco es alguna cosa que debe alegrarlo.

A veces, aquellos hijos cuyos padres son muy importantes, o muy nobles, o muy sabios, o muy cualquier cosa, por haber nacido en esa situación, consideran un absurdo no tener determinados privilegios, y mucho más todavía. Entonces comienzan a debilitarse, a deteriorarse y a podrirse.

También nosotros, para no podrir el Reino de María, tenemos que conservar el recuerdo de los torrentes que bebimos por el camino. Para que cuando levantemos la cabeza comprendamos el favor que Dios nos está haciendo e, incluso en el auge de nuestra gloria, no encontrar eso tan normal. De lo contrario, al cabo de unos cinco años, estamos tan débiles que si fuera

necesario volver atrás ya no tendríamos coraje. Es el efecto del pecado original. Así es la vida.

Leí en las memorias de una institutriz de las hijas de Nicolás II que cuando el Zar iba a París, en viaje oficial, llevaba a toda la familia. Mientras él y la Zarina estaban participando en las recepciones oficiales, las niñas llevaban una vida aparte. E iban a las tiendas de juguetes, que avisadas anticipadamente de la visita de las grandes duquesas exhibían los juguetes más caros y ponían los mejores vendedores a disposición para atender a las niñas.

Ellas ni preguntaban el precio pues, no les importaba. Ellas simplemente decían: “Yo quiero esto, aquello y también esto otro...” Nicolás II, a su vez, recibía la cuenta y pagaba, sin preguntar. Ahora, eso deteriora un niño a más no poder.

Según las costumbres antiguas, el primogénito heredaba todo el patrimonio de la familia y quedaba con la obligación de administrarlo. Los otros hijos, o se lanzaban a la aventura, o quedaban en cero. Estos, sin embargo, no consideraban eso una infelicidad. Al contrario, juzgaban una desventura el destino del primogénito que continuaba amarrado en su castillito, sin poder vivir la aventura que ellos tenían por delante.

D'Artagnan fue eso. Según la leyenda, él murió en el momento de recibir el bastón de Mariscal de Francia. Y moría con la idea de haber realizado una cosa fabulosa. Pero él tuvo que luchar duro...

Nosotros tuvimos en Brasil un sistema parecido. Los descendientes

que no pertenecían al ramo primogénito recibían tierras enormes para colonizar, y pasaban los mejores años de la vida, desde el día del matrimonio hasta más o menos los 45 años, trabajando duro, sembrando, enfrentándose a bandidos, porque era “*Far West*”. Cuando la hacienda estaba organizada, ellos volvían a la capital y periódicamente iban a la propiedad para administrarla. Para eso construían casas en la hacienda donde pasaban temporadas. Era una lucha conseguir alguna cosa. Eso es muy formativo.

En el largo retraso que soportamos, debemos vivir con ascesis

Ejemplos como estos sirven para entender las humillaciones y tantos otros sufrimientos que ahora pasamos, y así cuando llegue el Reino de María no corrompemos en la gloria, sino que demos el debido valor al hecho de haber subido con sacrificio, reconocer cuánto debemos a Nuestra Señora por eso, y conservar la siguiente idea retrospectiva: Si yo fuera capaz de volver al inicio y beber del torrente de nuevo, porque así Nuestra Señora lo querría de mí, no me he corrompido. Pero si no fuera capaz, puedo estar seguro de que estoy putrefacto, abusé del don de Dios.

Tengo la impresión de que este largo retraso que soportamos es permitido por la Providencia para prepararnos para una inmensa gloria, dentro de la cual debemos vivir con ascesis. Alguien podría objetarme: “Pero yo no quiero eso, porque si hasta en esa hora hay que vivir con ascesis, entonces esto no es vida”. Yo digo, “Amigo mío, usted se pudrió antes de subir. Mientras estaba abajo, usted alimentó sueños pútridos e imaginó una vida sin la Cruz de Nuestro Señor Jesucristo”.

Hay una idea, en la que muchos de nosotros hemos sido educados, de que se debe evitar mirar hasta el fondo las contrariedades que trae la vida, considerándolas superficialmente para así

no sentir las. Y para esto, rodearse de las mayores delicias y diversiones que sea posible, para que cubran, en la medida de lo posible, los aspectos dolorosos que uno no debe ver.

Ahora, esta es una impostación equivocada. Hay que ver enteramente cualquier cosa dolorosa que la vida traiga. Porque así es en la vida de todos y no sirve de nada huir de la verdad. No hay nadie que no tenga sufrimientos muy fuertes en la vida, incluso entre fulgores muy atractivos y agradables. Sin embargo, la existencia revela grandes sufrimientos que debemos ver de frente, hasta dónde llegan y hasta dónde puedan ir, preparando el alma para aguantarlos.

Esta postura da al alma una especie de sacralidad, de nobleza, de fuerza para reconocer que, aunque la vida sea así, es digna de ser vivida. No porque arroje un saldo positivo, sino porque el alma crece mucho cuando asume así el dolor, de frente, como Nuestro Señor Jesucristo tomó el suyo en el Huerto de los Olivos.

Cuando la cruz se nos presenta, debemos abrir enteramente los ojos y los brazos

Mi devoción a Nuestro Señor en el Huerto de los Olivos es aún más profunda que la propia crucifixión. No porque ignore que el apogeo de la Pasión es la crucifixión, sino porque esta meditación puramente espiritual del dolor, incluso antes de que llegue, su previsión y esa impostación de espíritu para recibir ese dolor, visto hasta el fondo, me parece fundamental en el alma católica.

De hecho, es sorprendente, pero esto es lo que hace interesante algún alma que tratemos. Cuando un alma trata de no ver el dolor, no es interesante. Al contrario, cuando ve el dolor hasta el fondo se asemeja a un instrumento musical afinado, con las cuerdas en orden. Esto le da una resonancia, una vida, a todo lo que ella

diga, porque está sintonizada en orden al dolor.

Es, de hecho, la Cruz de Nuestro Señor. Porque la palabra “dolor” sin la Cruz da paso a todo tipo de desequilibrio posible. La vida humana es inexplicable e insoportable sin Nuestro Señor Jesucristo. Por eso que San Pablo decía que sólo sabía predicar a Jesucristo, y a Jesucristo crucificado (*cf. 1 Co 2, 2*).

Hay místicos que vieron a Nuestro Señor recibir la Cruz y besarla. O sea, expresar afecto por ella. Creo que es absolutamente una cosa de primera categoría. Ahora, ¿qué significa para nosotros el afecto por una cruz inmaterial? ¡Es aceptarla con lealtad, abriendo los ojos y los brazos enteramente!

Por ejemplo, la cruz de ser despreciado. Es mejor bajar por el valle de ese desprecio hasta el final. No exagerar, imaginándolo más grande de lo que es, sino entreverlo en su tamaño real. “¡Muy bien, yo lo acepto! Me siento en el banquillo de los despreciados como si fuera un trono, y allí me quedo. Así sucedió, ¡vamos adelante!”

Si conociéramos las aflicciones que evitamos a nuestra alma cuando procedemos así... Porque la realidad es la siguiente: el sujeto no acepta y comienza a tomar como absurdo todo y cualquier dolor que le llegue. Ahí no hay manera de evitar la enorme ansiedad para que eso no suceda. Y en la ansiedad la persona sufre mucho más que en la aceptación franca y leal. Esta última produce una calma, una estabilidad, una fuerza que realmente corresponde a los designios de Dios, a una humilde aceptación de lo que Nuestro Señor quiere para nosotros.

Sufrir en unión con Nuestro Señor Jesucristo

Por lo tanto, hay dos actitudes que integran la virtud de la templanza. Una es entender que la vida es un valle de lágrimas, y saborear como un regalo de Dios cualquier pequeña alegría enviada por Él para aliviar-



nos. El auge de la alegría no está en su tamaño, sino en su calidad. Por lo tanto, saber deleitarse de las pequeñas alegrías de la vida, y no imaginarlas mayores de lo que son en realidad, entendiendo que son transitorias, y saber verlas hasta el final, es un elemento indispensable para que la persona no se deteriore, no se pudra. Porque si no se hace eso, la persona imagina que lo normal es llevar una vida en la que todo vaya de acuerdo con sus deseos, y lo que no sea eso resulta una desgracia. Este último es mucho más infeliz que el primero.

Otro elemento de la templanza es entender que lo normal de esta vida es sufrir, y mucho, y que se debe sufrir en unión con Nuestro Señor Jesucristo, considerando el sufrimiento en su aspecto sobrenatural, sin el cual nada tiene sentido. Así que, viniendo algún contratiempo sobre nosotros, hay que mirarlo con entereza, de frente, medir integralmente el sufrimiento que trae y decir: “Yo soporto, acepto y sigo hacia adelante”.

Es el ejemplo que Nuestro Señor nos dio en su Pasión. En la Agonía del Huerto previó todo. No fue un imprudente. Todo lo que sufriría en su cuerpo le fue revelado a su naturaleza humana. Además, todos los dolores del alma, la ingratitud, etc. De hecho, con los apóstoles ganó experiencia. Vio todo esto y no cerró los ojos. Sufrió hasta el final con la perspectiva de lo que se aproximaba. Sintió que su voluntad perfectísima no aguantaría y pidió que se le apartara ese sufrimiento. Pero vean el equilibrio perfecto: “Si es posible, apártalo. Si no es posible, hágase tu voluntad y no la mía” (cf. *Mat 26, 39*).

Aplicando eso a nosotros, debemos tener el valor de ver nuestra situación tal como es, enteramente y lo irremediable que pueda ser. Porque si el único “remedio” fuera apostar, este “remedio” no lo contemplamos de ninguna forma, porque en el momento en que uno de nosotros considere esa hipótesis, comenzó a

calcular el valor de las treinta monedas... Esta no es una hipótesis válida. Luego es necesario aguantar así esa situación, no hay otra salida.

Es absolutamente indispensable ver la realidad de frente

Soportando el sufrimiento con esta fuerza, la persona llega con calma hasta el final, con paz, con dignidad. Y en esto vivió su vida. Entonces son estos los aspectos de la templanza: saber apreciar las cosas que Dios manda, y amar la Cruz de Nuestro Señor Jesucristo, como es destinada a todos los hombres.

A veces encontramos personas realmente felices, pero que no quieren pensar en la posibilidad de una desgracia. ¡En algún momento, reciben un susto! Porque de repente, la desgracia revienta a sus pies.

Imaginemos a un hijo que ama con cariño a sus padres. De repente, se da cuenta de que sus padres por los que se sacrifica, y que lo consideran muy bueno, de hecho, no lo aman como él los ama. Y esto se expresa, por ejemplo, por su actitud hacia otro hijo que no es bueno, para el que tienen una predilección tonta, aunque este hijo despilfarre su dinero y haga desastres. Y eso sólo porque es el hijo más parecido a ellos, es más apuesto, cualquier cosa del género...

Sin embargo, el primero sigue siendo un buen hijo, no cae en el desánimo, ni queda amargado, pero apunta: “Mis padres son así”. Por lo tanto, no se trata de pensar lo siguiente: “Voy a revisar mi procedimiento. ¿Valdrá la pena seguir dándoles esa dedicación o no vale la pena? Puedo disminuirla, porque sería un imbécil si los trato como padres perfectos porque no lo son”. Al contrario: “Son mis padres y, como tales, tienen derecho a mi dedicación”. Sin embargo, esta situación puede crear diferentes grados de tribulación. ¡Hay que verlo de frente!

En una ocasión, vi un ejemplo doloroso de esto. Era una historia so-

bre una familia muy noble de Francia. La fotografía mostraba al padre y a la madre todavía jóvenes, muy bien parecidos y ya rodeados de muchos niños, todos muy sanos, permanentemente alegres, dando idea de la propia felicidad de la pareja. Se veía esa alegría despreocupada y optimista, en la que se encontraba una pequeña mancha en materia de religión, porque si es verdad que todos tomaron clases de catecismo, hicieron la Primera Comunión – en aquella ocasión estuvieron elegantes e incluso piadosos –, sin embargo, no les fue enseñado lo que estoy diciendo aquí.

Pensé: “¡O toda mi forma de ver la religión y la vida está mal, o esta familia tendrá un problema de otro mundo!” Como resultado, era un tropel de delincuentes. El marido, publicó en la misma revista, en la que se publicó el mencionado reportaje, que durante mucho tiempo no tenía temas para tratar con su esposa, incluso en los momentos auge de su matrimonio, porque ella era completamente vacía y no tenía nada que decirle. ¿Podemos imaginar lo que significa para una mujer, que tuvo la ilusión de ser amada por su marido, leer esto y darse cuenta de que no solo ya no gustaba, sino que nunca gustó de ella? Bueno, ver de frente esto es absolutamente indispensable y es parte de los tales elementos de la templanza que uno debe tener.

Conozco a una persona que en su temprana adolescencia me comunicó este pensamiento: “Sé que fui llamado a servir a Nuestra Señora. Pero no me importa si Dios me llamó para eso. ¿Por qué me escogió, cuando pudo haber elegido a otro para padecer ese mundo de sufrimientos inherentes a la vocación, y a mí dejarme tranquilo con mi vida?”

De hecho, sufrió mucho por lo que tenía que hacer e hizo, y por lo que no debía hacer, pero también hizo. Actualmente es muy buen hijo de Nuestra Señora. Pero quería anali-

zar ese estado de ánimo que en un momento fue suyo.

Este joven debe haber recibido muchas y buenas gracias en el período de su infancia y adolescencia. Sin embargo, al mismo tiempo saboreando intensamente, sin vínculo con estas gracias, escenarios materiales propios para hacerle llevar una vida feliz. Esto redujo su horizonte, de tal modo que, en lugar de considerar el formidable panorama de los que son llamados por Dios a un ideal alto, se regocijaba con el pequeño horizonte, con el edificio de techo bajo, de la pequeña vida que tenía ante sí, que probablemente se le presentó como una existencia ideal.

La alegría de los grandes horizontes

Bueno, es una cosa curiosa, aunque sea en medio de congojas existe la alegría en los grandes horizontes. Que trae, sin embargo, un bienestar y una satisfacción que el horizonte estrecho, el edificio de techo bajo nunca da.

Chateaubriand¹ hace una magnífica descripción de una noche en el castillo de Combourg. Tenía una hermana llamada Lucille, a quien amaba mucho. Presenta a su madre, la señora Chateaubriand, como una muy buena persona, pero con una mala salud que debía cuidar. Y el padre, una especie de león en la jaula, una fiera. Después describe una tarde en la residencia familiar, un castillo gótico con un techo muy alto, grandes salas donde ponían una mesa para cenar. Comían en silencio porque su padre estaba continuamente pensando en otras cosas y producía miedo. La madre también tenía miedo del padre y se quedaba quieta; suspiraba a veces dulcemente, y continuaba cenando.

Después de la comida, comenzaba el “entretenimiento” familiar. Se levantaban e iban a un enorme salón al lado del comedor, donde por falta de dinero sólo había una luz encendida cerca de la madre. Ella se sentaba en una silla más cómoda, mientras el padre caminaba, de modo que cuando se acercaba o se alejaba, su sombra en la pared crecía o disminuía. Así, se oían en el suelo de piedra, los pasos del viejo vizconde en un caminar preocupado. De vez en cuando, se detenía frente a los niños, que en una esquina susurraban, los miraba fijamente y les preguntaba: “¿De qué están hablando?” Un poco como alguien que quiere entretener la conversación, pero él no entendía que, con eso, paralizaba a los niños... En este ambiente, el techo alto aumentaba la melancolía y la desolación. Se entiende que esto le pareciera a Chateaubriand inmensamente triste e incluso soturno.

Cuando llegaba el momento de acostarse, el joven Chateaubriand iba a dormir solo en una torre. Se metía en una cama con esos clásicos cortinados, mientras los vientos del mar soplaban sobre la torre, aullando, silbando, y el *Chevalier de Chateaubriand* aterrorizado dentro de

las cobijas, hasta que llegara el sueño. Tengo la impresión de que, por la mañana, se levantaba despreocupado, y hasta bajaba al mar para jugar con los niños de la zona y era ya otra cosa.

Cuando un alma tiene una parte vuelta para la pequeña vida y otra para los grandes ideales, estos juegan un poco el papel del techo alto del Castillo de Combourg. Al individuo le gustaría escapar hacia algo más acomodado, más recto, más arreglado, para tener, después de todo, la alegría de ser pequeño.

Por lo tanto, puede haber dos maneras de considerar la llamada de Dios: una es al estilo de la torre que aulla y todas esas cosas; otra es el alma grande de un cruzado, de un hombre que aceptó la cruz y tiene en ella una consonancia con el Divino Crucificado. ❖

(Extraído de la conferencia de 17/8/1988)

1) Francois-René Auguste de Chateaubriand. Escritor, ensayista, diplomático y político francés (*1768 - †1848).



Castillo de Combourg y estatua de Chateaubriand - Francia



Consideraciones sobre el Brasil Imperio - II

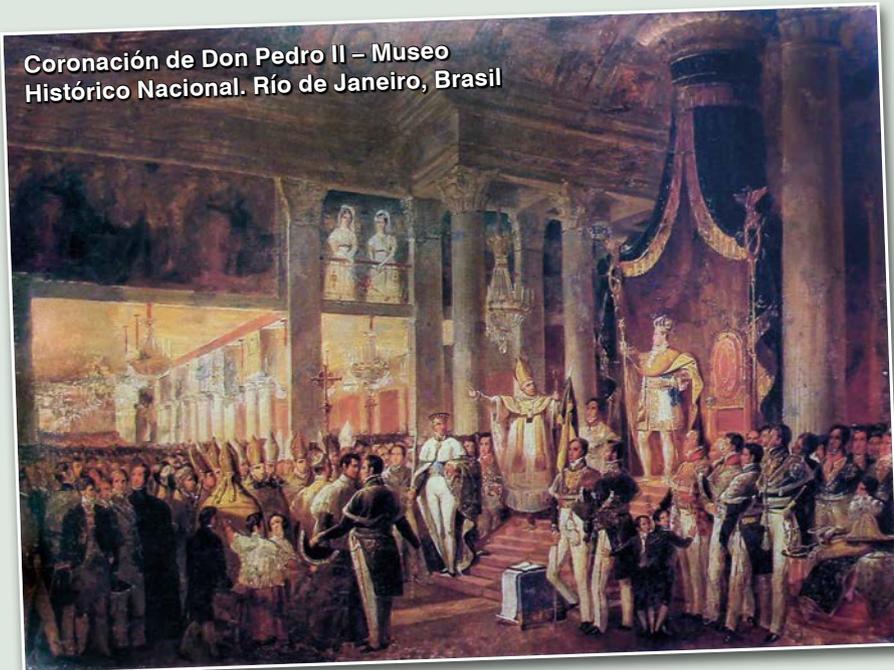
Durante el extenso reinado de Don Pedro II, Brasil tuvo muchas décadas de paz y prosperó colosalmente. Gobernando la nación como un padre, el Emperador viajó por todo el País, haciéndose íntimo de todos. Visitó la ciudad de Pirassununga, en la que los abuelos maternos del Dr. Plinio lo recibieron en casa. Viendo a la pequeña Lucilia, el monarca la acarició y la llamó "hija mía".

El gobierno de Don Pedro II fue un largo reinado patriarcal. Tanto más patriarcal, cuanto más blancas eran sus largas barbas. Aquella barba, concurría mucho a su popularidad. Por cierto, ningún publicista recomendaría afeitarla o reducirla a un bigote vanidoso. La idea incluso desagrada. Aquella gran



Don Pedro II – Museo de Bellas Artes, Río de Janeiro, Brasil

Luis C.R. Abreu



Coronación de Don Pedro II – Museo Histórico Nacional. Río de Janeiro, Brasil

barba patriarcal tenía un sentido muy afín con el modo por el cual a los brasileños les gusta ser gobernados.

Uno de los monarcas más cultos de su tiempo

Don Pedro II llegó al trono imperial en 1830 y fue depuesto en 1889. Por lo tanto, fueron casi sesenta años de reinado. De lejos, fue el hombre que más tiempo gobernó en Brasil. Creo, además, que a esa sobrevivencia de la monarquía – un poco como Moisés dejándose llevar en una cunita por el Nilo, así Don Pedro II en sus almodones en los brazos inseguros de José Bonifacio – se debió no sólo la unidad de Brasil, sino también el hecho de este País no haber caído en el régimen de los “pronunciamientos” de las repúblicas españolas de América del Sur, en las cuales, “por una nadería”, estallaron peleas – un tanto heredadas del temperamento caliente de la madre patria – que luego desembocaron en tiroteos. Deponen un presidente, colocan otro ... y allá va la cosa.

Dada nuestra forma de ser, a nosotros los brasileños, nos cuesta entrar en una pelea, pero luego, para salir de la pelea, tampoco es cosa fá-

cil. Nos apasionamos por las peleas, y aquello va hasta donde sea ...

Brasil prácticamente tuvo, exagerando un poco – cincuenta años de paz. Hubo algunos golpes de Estado y otros episodios análogos, pero que no llegaron a tocar en la persona del monarca ni en el poder central. Casi fueron golpes regionales, cosas de ese género. Don Pedro II fue un símbolo de unión y de paz en Brasil.

Él parece haber comprendido eso perfectamente, y desde el principio tomó esa posición. José Bonifacio despertó en él un ardiente deseo de desenvolverse intelectualmente. Para mí, no hay duda de que fue uno de los monarcas más cultos de su tiempo. No sé si era tan inteligente, pues no conozco un lance de gran inteligencia suyo. Pero

era un hombre que leía muchísimo y tenía una ambición de ser conocido en el mundo entero como un gran intelectual. Y lo fue. Si buscamos en la enciclopedia Larousse los “Pedros” del Brasil, encontraremos referencias a Pedro II como siendo un sabio que se distinguió entre los sabios. Se escribía con Víctor Hugo y con otros grandes intelectuales de aquel tiempo. Cuando iba a Europa, recibía visitas de esas personas y de esa manera, tuvo una especie de carrera intelectual junto a la política. Esa carrera intelectual le daba prestigio en Brasil, porque tener un emperador considerado sabio en el mundo entero, daba una buena calificación, y su proyección internacional en este sentido era mayor que la de cualquier brasileño. Él flotaba por encima de las nubes...

Patriarca de la gran familia llamada Brasil

Por otra parte, por la Constitución brasileña, su papel era el de no entrar



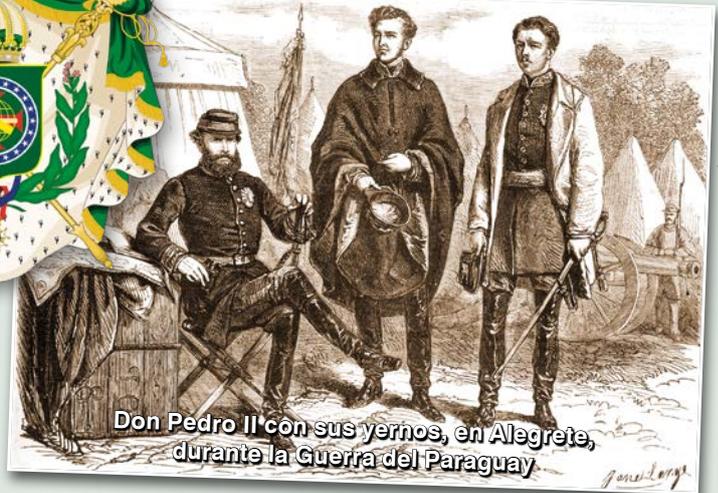
Don Pedro II en 1875 - Museo Histórico Nacional. Río de Janeiro, Brasil



PERSPECTIVA PLINIANA DE LA HISTORIA



Soldados brasileños se arrodillan ante la imagen de Nuestra Señora de la Concepción, durante una procesión el 30 de mayo de 1838



Don Pedro II con sus yernos, en Alegrete, durante la Guerra del Paraguay

Divulgación (CC3.0)

Janet Lange (CC3.0)

en partido político y no asumir la defensa de ninguno, manteniendo una especie de equilibrio entre los partidos. Y él, se atenía estrictamente a la Constitución. Mientras que su padre era despótico y lleno de caprichos, él, de un temperamento bueno, pacífico, amable, muy cordial, cumplía la Constitución al pie de la letra.

Sin embargo, Don Pedro II, encontró una fórmula para dominar la política: su prestigio personal sobre los políticos era tan grande, que a pesar de que haya ejercido con sobriedad las atribuciones de Emperador, las

de consejero extraoficial de los políticos las ejerció ampliamente. Hasta le hacían la acusación de que mandaba más en Brasil por su prestigio personal que como monarca. Querían ver en eso una inversión de la Constitución, pero le resultaba fácil argumentar: “No, ¿cuál fue el artículo que violé? ¿Pedirme consejo privadamente? Ellos le pueden pedir un consejo a cualquiera. ¿No pueden pedirle un consejo al Emperador?”

Imaginen a hombres, llegados de cualquier punto de Brasil, que van a ejercer sus funciones gubernamenta-

les en Río de Janeiro y encuentran un monarca que está gobernando hace cincuenta años ... Con una memoria prodigiosa, que conoce todo tal cómo se dio, cómo fue, cómo no fue y sabe aconsejar más allá de sus atribuciones. De manera que ayuda a los ministros a acertar. ¿No le pedirían consejo a ese hombre?

Además, con su aspecto – de buen padre de familia, padre de todos los ministros más jóvenes que llegaban, consejero de todo el que quería un aviso, una buena ponderación, una buena sugestión, por encima de to-

DezenoveVinte (CC3.0)



Batalla de Avaí – Museo de Bellas Artes, Río de Janeiro, Brasil

dos los demás como emperador, como sabio, como hombre que en Brasil poseía una buena fortuna – él estaba casi invulnerable, arriba de las nubes y en una posición medio de patriarca de esta gran familia llamada Brasil, y medio de Jefe de Estado. Un Rey que gobierna como padre y da permisos y consejos a todo el mundo.

Eso proporcionaba una gran concordia nacional dentro de las pasiones regionales que había: contien- das entre partidos, acababan salien- do garrottes, falsificación de eleccio- nes... A pesar de todo, nunca eran peleas profundas sino superficiales. En el fondo, reinaba una gran tran- quilidad, apenas perturbada por la Guerra del Paraguay.

En esa guerra, Don Pedro II se em- peñó de tal manera que cuando se ini- ció, todavía era hombre joven; quan- do terminó, sus barbas habían queda- do blancas. Probablemente compren- día que, si perdiese la guerra, perdía el trono. Entonces, se agarró a la victo- ria de Brasil con toda su fuerza, estuvo allí, luchó, entró en el asunto, también mandó a su yerno el Conde d'Eu a ba- tallar, le dio todo su apoyo a Caxias. Participó intensamente de la guerra hasta que Solano López fue derriba- do. Un año después de haber ganado la guerra, más o menos, mandó un ofi-

cio al parlamento pidiendo, en los términos de la Consti- tución, permiso para alejarse de Brasil, para descansar por causa de la guerra.

Brasil tuvo la segunda marina mercante del mundo

En aquel tiempo, el via- je por barco de un monarca, duraba más o menos un año. Añadiendo que, con los ahor- ros que había hecho, estaba en condiciones de pagar todo el gasto del viaje, y no necesi- taba que el Tesoro brasileño gastase un centavo.

En ese período, Brasil prós- pero y tranquilo extendió mu- cho sus fronteras interiores, es decir, la parte del suelo brasi- leño cultivado creció mucho. No fue necesario hacer reforma agraria. La tierra era del Estado, está claro. ¡Allí no hay dueño, los hacendados entra- ban, abrían fincas, aquello pasa- ba a pertenecerles y estaba acabado!

De esa manera, Brasil pasó a pro- ducir grandes cantidades de víve- res, de los cuales los principales eran



Dom Pedro II en 1872 - Museo Imperial, Petrópolis, Brasil

el café y el tabaco. Por cierto, en el blasón de armas del Brasil de aquel tiempo se destacan ramos de café y tabaco.

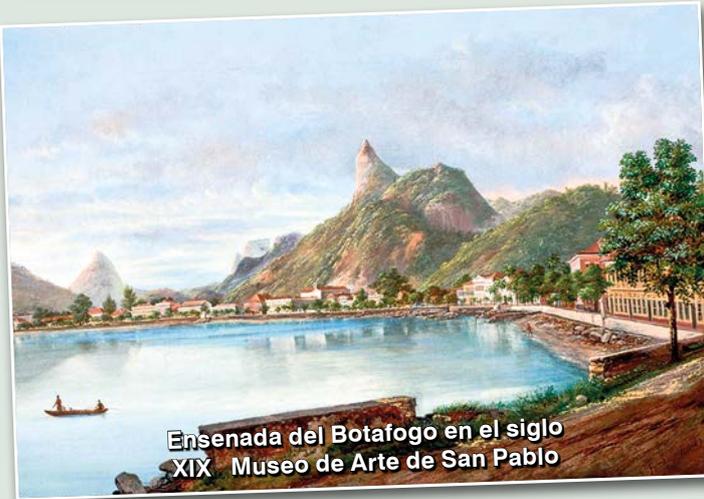


Panorama de Río de Janeiro en el siglo XIX





MA SP (CC3.0)



Ensenada del Botafogo en el siglo XIX Museo de Arte de San Pablo



Avenida Paulista a inicio del siglo XX - Museo Paulista de la USP, San Pablo, Brasil

Jose Rosae/Helo Nobre/Museu Paulista da USP (CC3.0)

Brasil necesitó y tuvo su marina mercante. Constituida de navíos construidos con maderas de las selvas brasileñas, llegó a ser la segunda del mundo. Se explica: los mercados consumidores – los Estados Unidos, un poco Canadá y las varias naciones europeas – estaban muy distantes. Brasil con un litoral enorme necesitaba hacer navegación de cabotaje, porque las carreteras internas eran muy raras; entonces era más fácil realizar las comunicaciones por medio marítimo. Sin muchos navíos no era posible conseguir eso. Y Brasil terminó con una marina mercante colosal.

Las fincas estaban prósperas

¿Cuál era el estado de las fincas? En el papel moneda del tiempo del

Imperio estaba escrito lo siguiente: “Mediante la presentación de esta cédula, encontrará Vuestra Señoría en el Tesoro Nacional equivalente cantidad de oro”. Y era verdad. Bastaba que la persona llegase al Tesoro y dijese “Yo quiero esto en oro”, que se lo daban.

Pero como es mucho más fácil transportar papel que oro, sucedía que los comerciantes pagaban algo más para recibir en papel y no en oro. Claro está, porque como valía exactamente lo mismo tanto una cosa como la otra, para quien necesita ir, por ejemplo, de San Pablo a Río de Janeiro cargando cien mil reales en oro, tenía que llevar un saco; mientras que la misma cuan-

tía en papel, cabía en una bolsa. En consecuencia, se pagaba un acréscimo para recibir el papel moneda que, por eso, valía ligeramente más que el oro. De tal manera las fincas estaban prósperas. Era el oro extraído de las propias minas de Brasil.

¿Había inflación? Propiamente no. Del suelo se sacaba oro y plata, se acuñaba y se distribuía. Hoy en día, se aprieta un botón, la máquina gira y salen los billetes. En aquel tiempo no era así. Los billetes valían, de hecho, lo correspondiente al oro y la plata, y eso era así en cualquier mercado del mundo.

Con eso Brasil prosperó colosalmente. Principalmente dos ciudades, San Pablo y Río de Janeiro, se convirtieron en animados centros de contacto con el exterior.

Apenas hubo una zona del Brasil que decayó: el Nordeste. ¿Por qué decayó? Porque todas sus economías giraban alrededor del cultivo de la caña de azúcar. Pues bien, los alemanes inventaron un modo de sacar azúcar de la remolacha. Era un derecho suyo... Consecuencia: cayó vertiginosamente el precio del azúcar. Y las familias de plantadores de caña se empobrecieron mucho. Aquí está la causa remota, y no única, de un cierto atraso del Nordeste. Fue que la fuente de su riqueza en aquel tiempo cayó de repente.

Itamaraty Saíra catalogue (CC3.0)



Propiedad agrícola de cultivo de azúcar en el Pernambuco del siglo XVII - Palacio Itamaraty, Brasilia, Brasil

Factores que corroían el trono de Don Pedro II

Durante ese tiempo, Don Pedro II viajó prodigiosamente por Brasil. Era un hombre fuerte, muy robusto y hacía largos viajes por el interior, a veces a lomo de burro o a caballo. Visitó el país entero y tomaba notas. Tenía un famoso cuaderno negro, en el que registraba todos los abusos que observaba. Llegando a Río de Janeiro, mandaba llamar a los ministros y pedía interferencia contra tal juez que era ladrón, tal otro que no sé qué otra cosa ... Ese cuaderno negro era un misterio, nadie lo leía, sólo él.

Entre tanto, algunos factores corroían su trono. ¿Cuáles eran esos factores? Primeramente, el hecho de que él era el único monarca del continente americano. La monarquía parecía una forma de gobierno antiguo, que no servía en tierras nuevas. El intento de instaurar una monarquía en México, con el Emperador Maximiliano, terminó en una tragedia en Querétaro. Fue una cosa efímera, no tuvo éxito y constituyó, a los ojos del espíritu liberal de aquel tiempo, una prueba más de la incapacidad de germinar la monarquía en América. Había, pues, una cierta vergüenza de que Brasil estuviese fuera de moda, siendo monarquía, porque la república era la forma de gobierno elegante del tiempo. Francia, Norteamérica eran repúblicas. Inglaterra, a pesar de no ser república, era la más liberal de las monarquías de Europa. De manera que todo eso hacía que el Emperador pareciera una excrecencia que el curso de los tiempos tendría que eliminar.

Por otro lado, también concurrió mucho para la caída de la monarquía, la actitud de Don Pedro II en la cuestión religiosa con Dom Vital, que no es el momento de tratar.

Otra circunstancia fue la siguiente: El Emperador, él mismo extremadamente liberal, propició todas las facilidades posibles para que en-

trara la república. El Partido Republicano gozaba de toda libertad.

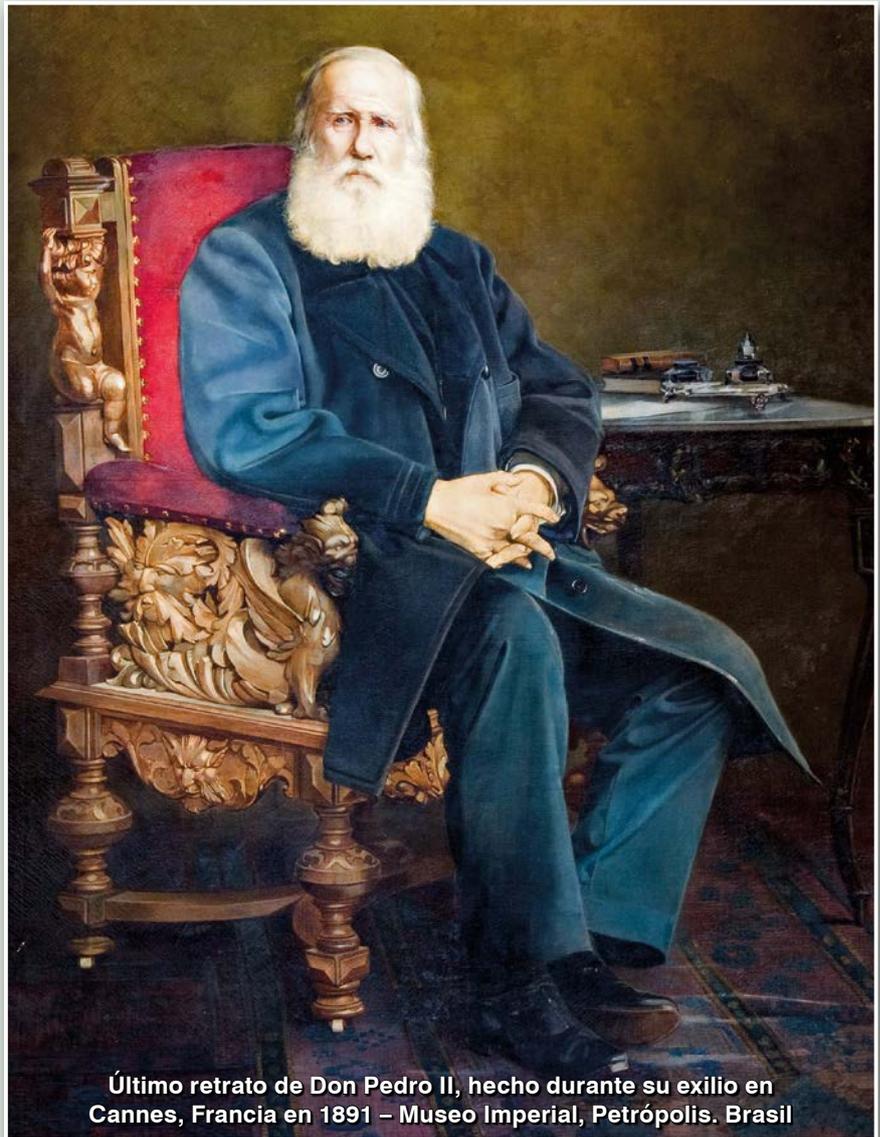
Un caso ocurrido en mi familia muestra bien eso. Mi abuela tenía un hermano que participó en un concurso para la Facultad de Derecho y lo ganó. Debía ser nombrado por el Emperador y le escribió una carta, diciendo: “Yo prevengo a Vuestra Majestad que soy republicano y que, como profesor de la Facultad de Derecho de San Pablo, trabajaré por la proclamación de la república. Por lo tanto, si dijese que, habiendo sido nombrado por Vuestra Majestad, hice propaganda republicana, no juzguéis que soy un traidor y que os debo una cátedra la

cual conquisté por mi talento. Ahora, decidid como queráis”.

Pasados unos días salió el decreto del Emperador nombrando al republicano como catedrático de la Facultad de Derecho. Como éste, hay hechos en cantidad en su reinado. Así, corroía su propio trono.

Visita a Pirassununga

La visita de Don Pedro II a una ciudad del interior de San Pablo, Pirassununga, en la que vivían Doña Lucilia y mis abuelos maternos, retrata bien el aspecto familiar de las relaciones del Emperador con el pueblo brasileño.



Último retrato de Don Pedro II, hecho durante su exilio en Cannes, Francia en 1891 – Museo Imperial, Petrópolis, Brasil



Estación ferroviaria de Pirassununga



Naturalmente, toda la pequeña ciudad estaba avisada con mucha antelación de la llegada del monarca. Entonces, prepararon grandes fiestas y fueron a recibirlo en la estación de tren.

Había en Pirassununga fincas con pomares fertilísimos, los cuales producían frutas en tal cantidad que éstas caían al suelo y cualquier persona podía recogerlas, sin pedir permiso; aquello estaba abierto, porque alcanzaba para quien quisiese y sobraba toda especie de frutas.

Ahora bien, Don Pedro II era fanático de las jabuticabas, y existía allí una hacienda cuyo propietario plantó un pomar sólo de jabuticabas. Entonces, para alegrar un poco la vista, dejando de lado la eterna fiesta de la pequeña escuela, con niñas recitando pequeños discursos compuestos por los profesores, decidieron que sería más interesante ofrecer al Emperador y a la Emperatriz tomar un refrigerio en la casa de mi abuelo, seguido de una visita a esa hacienda para saborear jabuticabas a gusto.

Durante todo ese tiempo, el tren imperial quedaba parado en la estación de Pirassununga. Evidentemente, nadie lo movía ni tenía horario; cuando el Emperador terminase de comer jabuticabas, él embarcaba.

Llegando a la pequeña ciudad, el monarca desembarcó al son de la banda de música municipal y fue llevado a la casa de mi abuelo. Mi ma-

dre me decía que se acordaba de que mi abuela se había quedado en el vagón con la Emperatriz porque, siendo renga, andaba con dificultad y no se bajaría del tren. Además, parece que no se interesaba mucho por las jabuticabas ...

El Emperador, acariciando a la pequeña Lucilia, la llama "hija mía"

De este modo, Doña Teresa Cristina permaneció en el vagón conversando con las señoras de Pirassununga, mientras que Don Pedro II bajaba hasta la casa de mi abuelo y allí tomaba contacto con los principales políticos de la ciudad. Entonces, sucedió una escena típicamente brasileña.

Mientras eran servidos los alimentos, el monarca tomó a mi madre, que era una niña de cuatro o cinco años, la puso de pie entre sus rodillas, y durante la conversación él jugaba con ella llamándola de "mi hija". Para agradarla, distraído y medio maquinalmente, le acariciaba los cabellos. Todo eso correspondía a esa familiaridad de las cosas brasileñas, por lo que Don Pedro II era el abuelo de Brasil.

Mamá contaba que sus cabellos habían sido cuidadosamente peinados por mi abuela, quien los dejó ultra ondulados y adornados con una cinta que la pequeña Lucilia encontraba linda. Ella vio que el Emperador derribaba el bello "edificio" y tenía un deseo enorme de pedirle que parase de hacer aquello, pues estaba deshaciendo su peinado.

Pero, cosas del instinto de niña, ella miraba a su padre a fin de ver si podía hacer eso, y el padre, naturalmente, se daba



Dr. Antonio Ribeiro dos Santos

cuenta cual era la reacción de la hija. Y, mientras hablaba con el Emperador sonreía con la mirada como diciendo: “¡No se atreva! Porque es la mano imperial, y donde ella se posa no se corrige nada. Cuando se vaya, arregle su cinta y sus bucles”. No fue dicho, pero la mirada expresaba eso.

Hablaba el tupí a la perfección

Creo que fue en esa misma ocasión, no tengo certeza, que sucedió otro hecho el cual muestra bien la familiaridad de las visitas del Emperador. En este caso, en mi opinión, familiaridad incluso medio excesiva...

Don Pedro II sabía hablar una de las lenguas indígenas a la perfección, como quien habla un idioma contemporáneo. Un político del lugar, queriendo dejar en mala situación al jefe de la oposición, adversario político, cuando iba de la estación para la casa, le dijo al Emperador:

– ¿Vuestra Majestad sabe quien está aquí en condiciones de hablar tupí con Vuestra Majestad? Es el Dr. Fula-



Última fotografía de la familia imperial en Brasil, en 1889 – Museo Imperial, Petrópolis



La pequeña Lucília

Dom Pedro II en 1870

no. Habla tupí a la perfección. Diríjase a él en esa lengua, pues va a quedar muy contento.

Habiéndole sido presentado el Doctor Fulano, Don Pedro II empezó a hablar con él en tupí. El hombre no entendió ... Por su cabeza, podía pasar de todo en el mundo, excepto que el Emperador le dirigiese la palabra en tupí.

Al final acabó diciendo: No entiendo lo que Vuestra Majestad está diciendo. Entonces el monarca se dio cuenta, comprendió que habían hecho una jugada política para desprestigiar al hombre y dijo amablemente:

¡Ah! Me habían dicho que usted hablaba tupí, por eso le dirigí la palabra en esta lengua ...

Y cambió de asunto, no reveló quien le dijo eso y la cosa pasó. ♦

(Extraído de conferencia de 23/11/1985)

1) Luis Alves de Lima e Silva, Duque de Caxias. Militar, tres veces presidente del Consejo de Ministros (Primer Ministro) y comandante del Ejército durante la Guerra de la Triple Alianza.



SANTORAL

Divulgación (CC-BY)



Beata Paulina von Mallinckrodt

1. Jueves Santo.

Beato Carlos de Austria, († 1922). Después de la muerte de Francisco José, se convirtió en Emperador de Austria. Murió exiliado en la isla de Madeira, Portugal.

2. Viernes Santo. Pasión del Señor
San Francisco de Paula, eremita († 1507).

Beata María de San José Alvarado, virgen († 1967). Fundó en Maracay, Venezuela, la Congregación de las Agustinas Recoletas del Sagrado Corazón.

3. Sábado Santo.

Beato Gandolfo de Binasco, presbítero (†c. 1260). Sacerdote franciscano, contemporáneo de su fundador. Llevó una austera vida de soledad en Polizzi, Sicilia, y recorrió las regiones limítrofes para predicar la Palabra de Dios.

4. Domingo de Pascua. Resurrección del Señor.

San Isidoro, obispo y Doctor de la Iglesia († 636).

San Francisco Marto († 1919). Uno de los tres videntes de Fátima. Después de las apariciones deseó “consolar y dar

alegría a Jesús”, soportando en esta intención, una atroz enfermedad, aceptándola con suavidad de conducta.

5. San Vicente Ferrer, presbítero († 1419).

Beato Mariano de Mata Aparicio, presbítero († 1983). Sacerdote agustino, de origen español, fue durante más de veinte años profesor, director espiritual y vicario parroquial en el colegio San Agustín, en São Paulo, Brasil.

6. Beato Ceferino Agostini, presbítero († 1896). Se dedicó al ministerio de la predicación y de la catequesis. Fundó en Verona, Italia, la Congregación de las Ursulinas Hijas de María Inmaculada.

7. San Juan Bautista de la Salle, presbítero († 1719).

Santo Hermano José, presbítero († 1241/1252). Monje premonstratense de Steinfeld, Alemania, resplandeció por su amor a la Virgen María y celebró con himnos y cantos la devoción al Divino Corazón de Jesús.

8. Santa Julia Billiart, virgen († 1816). Para garantizar la educación de las jóvenes y propagar la devoción al Sagrado Corazón de Jesús, fundó en Namur, Bélgica la Congregación de las Hermanas de Nuestra Señora.

9. San Hugo de Rouen, obispo († 730). Siendo obispo de Rouen, Francia, gobernó simultáneamente el monasterio de Fontenelle y las iglesias de París y de Bayeux. Posteriormente renunció a esos cargos y murió en el monasterio de Jumièges.

10. San Paladio, obispo († 658). Abad del Monasterio de Saint Germain, elegido Obispo de Auxerre, Francia. Participó de varios Concilios y se empeñó en renovar la disciplina eclesiástica.

11. II Domingo de Pascua. Divina Misericordia.

San Estanislao de Cracovia, obispo y mártir († 1079).

Beata Helena Guerra, virgen († 1914). Fundó en Lucca, Italia, la Congregación de las Oblatas del Espíritu Santo.

12. San David Uribe, presbítero y mártir († 1927). Párroco de Buenavista, México, fusilado en Cuernavaca, durante la persecución religiosa en este país.

13. San Martín I, Papa y mártir († 656).

14. Beato Pedro González, presbítero († 1246). *Ver página 26.*

15. San Paterno, obispo († c 565). Abad del monasterio de Saint-Pair, fundador de varios otros monasterios y fue elegido Obispo de Avranches, Francia.

16. Santa Bernardita Soubirous, virgen († 1879). Nacida en una familia pobre, fue favorecida por las apariciones de Nuestra Señora en Lourdes,



Fotografía (CC-BY)

Francia. Ingresó en la Congregación de las Hermanas de la Caridad de Nevers, donde fue modelo de humildad.

17. Beata Clara Gambacorta, abadesa († 1419). Cuando aún era joven quedó viuda y animada por Santa Catalina de Siena, fundó en Pisa, Italia, el primer monasterio dominico de estricta observancia.

18. III Domingo de Pascua.

Beato Román Archutowski, presbítero y mártir († 1943). Preso en Majdanek, Polonia, por causa de su Fe, murió exhausto en la cárcel, debido al hambre y la enfermedad.

19. Santa Marta, virgen y mártir († 341). Muerta en la antigua Persia, al día siguiente del asesinato de su padre Pusicio, durante el reinado del rey Sapor II.

20. San Anastasio de Antioquía, obispo y mártir (†609). Patriarca de Antioquía (actual Turquía), cruelmente asesinado por sicarios en el tiempo del emperador bizantino Focas.

21. San Anselmo, obispo y doctor de la Iglesia († 1109).

San Melrubio, abad († 722). Natural de Irlanda, se hizo monje en Ban-

gor y fundó un monasterio de misioneros en Applecross, Escocia.

22. San Agapito I, Papa († 536). Se empeñó con firmeza para que el Obispo de Roma fuese libremente escogido por el clero de la Urbe y en todas partes fuese conservada la dignidad de la Iglesia. Falleció en Constantinopla, donde fue a encontrarse con el emperador Justiniano.

23. San Jorge, mártir († S IV).

San Adalberto de Praga, obispo y mártir († 997).

Beata Teresa María de la Cruz, virgen († 1910). Fundadora de la Congre-



San Martín I

inventó un alfabeto para evangelizar a los permios en su propia lengua. Derribó ídolos, construyó iglesias y falleció en el monasterio de la Transfiguración, en Moscú.

27. San Lorenzo Nguyen van Houg, presbítero y mártir († 1856). Fue apresado en una noche mientras visitaba a un moribundo. Por negarse a pisar una Cruz, fue flagelado y decapitado en Ninh-Binh, Vietnam

28. San Pedro Chanel, presbítero y mártir († 1841).

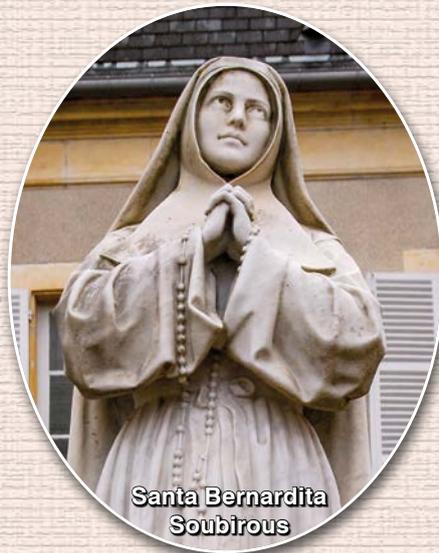
San Luis María Grignion de Montfort, presbítero († 1716).

29. Santa Catalina de Siena, virgen y Doctora de la Iglesia († 1380).

San Severo de Nápoles, obispo († c. 409). Obispo de Nápoles, amado por San Ambrosio como hermano y por la Iglesia como padre.

30. San Pío V, Papa († 1572).

Beata Paulina von Mallinckrodt, virgen († 1881). Fundadora de las Hermanas de la Caridad Cristiana en Paderborn, Alemania. Dedicó su vida a cuidar de niños pobres y ciegos y auxiliar a los enfermos y abandonados.



Santa Bernardita Soubirous

gación de Terciarias Carmelitas de Santa Teresa, en Campi Bisenzio, Italia.

24. San Fidel de Sigmaringa, presbítero y mártir († 1622).

25. IV Domingo de Pascua.

San Marcos, Evangelista.

San Juan Piamarta, presbítero († 1913). Fundó en Brescia, Italia, el Instituto de los Pequeños Artesanos y la Congregación de la Sagrada Familia de Nazaret.

26. San Esteban de Perm, obispo († 1396). Primer Obispo de Perm, Rusia,



Beato Ceferino Agostini



Cuando el cielo y la tierra estaban cerca

El joven canónigo Pedro González estaba penetrado por el peor de los espíritus del mundo: el de las cosas sagradas. Movidó por la gracia, rompió con el mundo y entró a la Orden de los dominicos. Se transformó en un célebre predicador e influyó con sus consejos al propio Rey San Fernando.

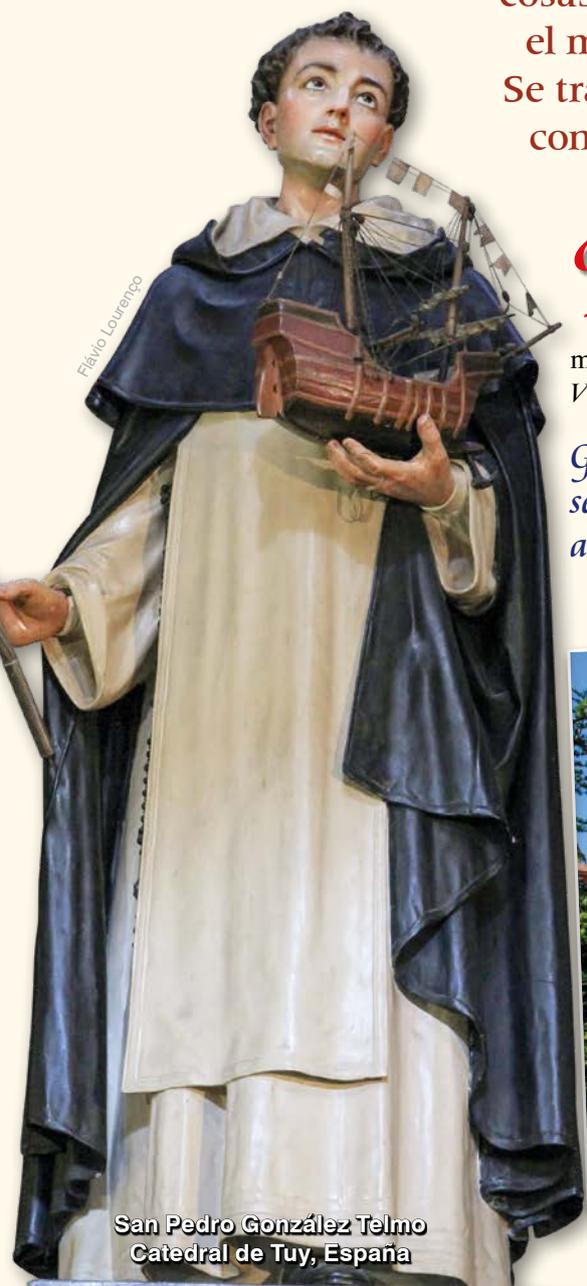
El 14 de abril se celebra la fiesta de San Pedro González, dominico. A su respecto comentaremos unas notas del libro de la *Vida de los Santos*, del P. Rohrbacher¹.

Gritos de admiración se transformaron en abucheos y burlas

He aquí la síntesis histórica:

Pedro González nació en el año 1190, en la ciudad de Astorga, España, donde su tío era obispo. Después de brillantes estudios, fue nombrado, siendo muy joven, canónigo de la Catedral.

Su tío le obtuvo de Roma la dignidad de Deán del Capítulo. Pedro debía tomar posesión del cargo en la fiesta de la Navidad. Joven vanidoso, quiso que todo fuese muy lleno de pompa, y que toda la ciudad asistiese al acto.



San Pedro González Telmo
Catedral de Tuy, España



Palacio Episcopal de Astorga, España

Montado en un caballo magníficamente enjaezado atravesaba las calles de la ciudad. Llegando a un lugar repleto de personas, aguijoneó al animal para hacerlo galopar con más gracia, aumentando así la admiración del pueblo. Pero el caballo dio un paso en falso y echó al caballero en un pozo lleno de barro. Los gritos de admiración se transformaron inmediatamente en abucheos y burlas.

Se puede imaginar la confusión que sintió González. Sin embargo, le fue saludable. En el mismo lugar exclamó en voz alta: “¡Cómo! ¿Este mismo mundo que yo buscaba agradar se ríe de mí? Pues bien, me burlaré de él cuando sea mi turno. De hoy en adelante le daré las espaldas para comenzar una vida mejor.”

Y, de hecho, abandonó el mundo y entró en la Orden de Santo Domingo. Fue un óptimo religioso y más tarde, no menos excelente predicador.

Su fama llegó hasta el Rey San Fernando, quien le pidió un consejo con respecto a la guerra contra los sarracenos. Más tarde fue evangelizador de los pobres, y particularmente de los marineros, habiendo sido agraciado con el don de los milagros. Predicó sin cesar hasta sus últimos días.

Predijo su muerte, falleciendo en Tuy, asistido por el obispo de la ciudad que lo estimaba mucho. Los marineros de España y Portugal lo invocaban en todas las tempestades bajo el nombre de Sant’Elmo.

Una tradición muy razonable, pintoresca y psicológica

Su vida es realmente pintoresca, comenzando por esa manifestación del espíritu mundano en un canónigo. Era sobrino del obispo quien había conseguido que fuese nombrado deán del capítulo, o sea, la figura principal del Cabildo.

Hacía parte de las costumbres del tiempo que cuando una persona asumía una dignidad nueva paseaba por

la ciudad, revestida de las insignias de su dignidad. Por ejemplo, si alguien era nombrado profesor de una universidad, se paseaba por la ciudad en medio de cohetes, alumnos, etc., vestido con trajes de catedrático, montado a caballo. Naturalmente, era necesario saber hacerlo, ya que la cuestión no deja de comportar algunos riesgos.

Así, cuando el estudiante se graduaba y volvía a su ciudad de origen, tomaba el traje de la profesión que ejercería y se paseaba por la ciudad. Y todo el pueblo se enteraba y veía al nuevo profesional graduado, al nuevo doctor que iría a adornar los medios sociales e intelectuales de la pequeña población a la cual pertenecía.

Algo de eso se conservó durante cierto tiempo en el interior de Brasil. Hasta 1920, más o menos, cuando un joven del interior se graduaba en São Paulo, volvía a su ciudad y era acogido con banda de música por las autoridades municipales, y todos los que se encontraban en la estación para recibirlo; lo acompañaban hasta su casa, donde había una cosa horrendamente llamada “boca libre”: la familia ofrecía – al menos cuando podía – una refección para todo el mundo que quisiese comer cuanto fuese de su agrado. Y así quedaba entronizado el nuevo doctor.

Esa tradición tan razonable, pintoresca y psicológica se aplicaba incluso a los reyes. Cuando la reina se casaba con el rey e iba por primera vez a su capital, tenía la *joyeuse entrée*, entrada alegre, donde se daban recibimientos solemnes y pomposos.

Por ejemplo, Luis XVI y María Antonieta después de casados hicieron una *joyeuse entrée* en París. Por-



San Fernando, Rey – Ermita de la Virgense la Sierra, Cabra, España

Filavio Laurentino

que era la primera vez que ella iba a esa ciudad oficialmente. Entonces, grande y estrepitoso recibimiento, lo cual es muy conforme al orden natural de las cosas.

En el momento auge de su espíritu mundano, la hora de la gracia

Entonces, el nuevo canónigo está a punto de entrar a caballo en la ciudad, acontecimiento que debería estar envuelto de gran pompa y circunstancia. Imaginemos a un hombre guapo, montado en un bello caballo, con aquellos trajes bonitos de canónigo y deán del Cabildo. Probablemente habría clérigos que lo



Estêvão Gonçalves Neto (CC3.0)



El milagro de San Pedro González - colección del Patriarcado de Lisboa, Portugal

acompañaban y cofradías haciendo coro.

Era una época en que no existía anticlericalismo. En nuestros días no hay propiamente anticlericalismo, pero a los ojos de la opinión pública tener un cargo eclesiástico es algo más o menos secundario. Es mejor un cargo eclesiástico, que no tener ningún cargo, ni civil. Pero es mucho mejor tener un cargo civil que uno eclesiástico, más o menos en igual-

dad de condiciones. Pero en aquel tiempo, no. Los cargos eclesiásticos tenían un alto atractivo mundano.

Entonces, entra nuestro canónigo espoleando su caballo para moverse con más gracia. Aún no existía la “herejía blanca”². Esta mentalidad no gustaría de un canónigo que galopase de prisa. En el concepto “herejía blanca”, eso sería contra la caridad y ausencia de buen corazón. Un hombre que anda de prisa a caballo no tiene

pena ni de las viudas, ni de los pobres, ni del caballo. Según esta idea deturpada de la piedad, el canónigo, aunque fuese joven, debería montar un animal bien manso, soltar las redes y seguir lentamente por las calles. Entonces todos dirían: “¡Qué bueno es!”

Pero se ve que aún no existía la “herejía blanca” y era bien visto que un canónigo demostrase montar eximamente su caballo. Entonces, la hora de la gracia lo esperaba en ese momento auge de su espíritu mundano, y el peor de todos que es el de las cosas sagradas. Monta su caballo, agujonea al animal que empieza a galopar y espera los aplausos que se comienzan a mostrar. De repente, cae en un lodazal.

Modo de la gracia actuar en un español

En cierta ocasión Napoleón iba en su caballo por el *Bois de Boulogne* o por los *Champs Élysées* y el pueblo comenzó a aplaudirlo. Entonces, el embajador de Dinamarca que estaba a su lado, le dijo:

– Majestad, ¡qué trono sólido!

A lo que él respondió:

– Señor Embajador. Es un engaño. Los pueblos se vengán de los aplausos que nos dan.

De hecho, quien aplaude está dispuesto al abucheo. Ésta es la miseria humana. Resultado: estaban aplaudiéndolo, se resbala e irrumpe el abucheo. En ese momento entra la gracia de Dios y convierte al hombre. Toca en él, mostrándole lo vacío de todas esas vanidades; y dándole un sentido de de-

safío a aquel pueblo, exclama: “¡Qué curioso! Esa gente me aplaudía y ¡ahora me está abucheando...! Y se dijo a sí mismo. “Romperé con ellos y no tendré nada más que ver con ellos”.

Ése es un modo de la gracia actuar en el alma de un español, pues la cuestión se convierte inmediatamente en un desafío “a la corrida de toros”. Actitud sumamente bonita y que me agrada sobremedida. Se rompió: “Lance el desafío y vaya encima y hasta el final, ¡sea radical!” Es bueno que las cosas sucedan de esta forma, y así hizo nuestro santo. Fue tocado por la gracia y entró a una orden religiosa. Se hizo dominico, tornándose célebre como predicador. Es bonito verlo influenciar al rey San Fernando con sus consejos con respecto a la cruzada.

Evocando un hecho con nostalgias

Qué escena bonita: un jefe de Estado santo, que manda llamar a un predicador santo para aconsejarse con respecto a la lucha contra los infieles. ¡Cómo todo esto está lejos! ¿Dónde se encuentra hoy al predicador santo? ¿Y al rey santo? Todo esto se dispó. ¡Y qué nostalgia debemos tener de esos valores que tanto nos hablan a nuestras almas!

Imaginemos ese encuentro: un rey sentado en una silla de brazos con espaldar alto, sobre un pequeño estrado de la sala. El santo predicador entra, y le hace una profunda reverencia desde la entrada, y el monarca le dice con amabilidad:

– ¡Fray Pedro, entre y siéntase a gusto!

Entonces comienzan a hablar y, de repente, la conversación sube de punto... y de aquí a poco están tratando de religión, de temas elevados; y eso, dentro del palacio real.

¿Cuál es el palacio donde una escena de esas se da en nuestros días? Cómo eso nos hace sentir la desgracia de nuestro distanciamiento con relación a tantas cosas magníficas, que por esa forma podemos vislumbrar dentro de la luz del pasado. Y cómo es útil, por lo tanto, una ficha biográfica que nos dé la posibilidad de acordarnos de esa felicidad.

Dante dice que ninguna tristeza es mayor que, en el día de la miseria recordarse de la ventura que se fue. Nosotros sufrimos de alguna manera de eso. Estamos en el día de la miseria y nos acordamos de esos días que se fueron. Pero al menos sabemos que

hubo eso y que las cosas volverán a ser así. Y en ese valle profundo, tan lejos de lo que fue y tan distante de lo que viene – al menos en el orden real y no cronológico de las cosas –, evocamos eso con nostalgias.

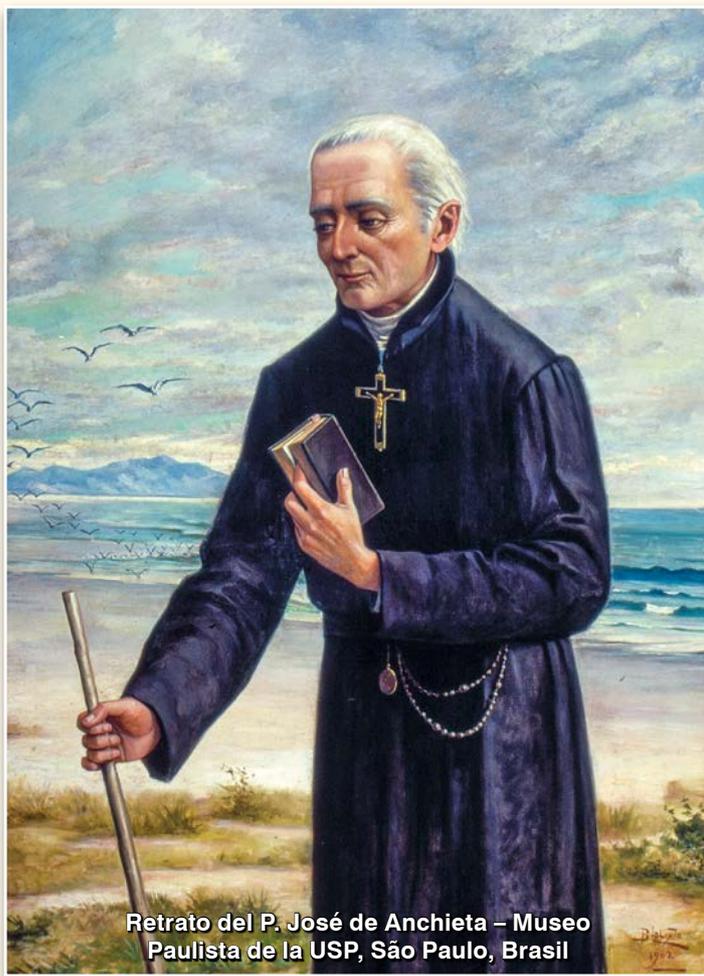
Un modo de morir en la dulzura y en la paz de Dios

Ese santo ejerce además varios oficios: evangelizador de los pobres y, sobre todo, de los marineros. Éstos constituían entonces, una ralea sin fe, ni ley... ¡eran unos aventureros! Se mete en ese ambiente, y sin ninguna necesidad de ser un padre-obrero, ni de hacer estúpidas concesiones, mueve a esas almas, porque es un santo.

Hasta el fin de sus días predicó y previó su propia muerte. Es una de las gracias especiales que Dios da

a algunos de sus siervos: prever la llegada de la propia muerte. Es un modo de morir en la dulzura y en la paz de Dios. No les causa pánico, pues les da justamente la esperanza de llegar al cielo. Antiguamente eso se hacía con tal naturalidad, que se cuenta que el P. Anchieta [NR. Hoy, San José de Anchieta], en la pequeña villa de São Paulo, supo con antecedencia el día de su muerte y avisó a varias familias, despidiéndose y explicando con todo candor: “Voy a morir el día tal... tuve una comunicación a ese respecto, y quería agradecerles toda su gentileza y apoyo...”

Es el modo medido y cortesano, en el sentido noble de la palabra, de hacer una visita de despedida en el siglo XVI:



Retrato del P. José de Anchieta – Museo Paulista de la USP, São Paulo, Brasil

José Rosael/Hélio Nobre (CCS.0)



“Me voy a morir. Necesito despedirme de los amigos”.

¡Podemos imaginar el asombro! Sin embargo, no causaba tanto espanto ya que muchas veces, personas que ni eran tenidas como santas, se veían favorecidas con esa gracia y anunciaban la propia muerte. Y quien las oía pensaba que era probable que sucediese. Esas comunicaciones entre el cielo y la tierra no eran excepcionales.

Connaturalidad magnífica con lo sobrenatural

Hoy causaría susto si alguien viese para decirnos:

– Fulano, vine a despedirme porque me voy a morir.

En el primer momento yo me sentiría tan desconcertado, que me juzgaría obligado a decir:

– ¡No! Usted todavía va a tener una larga vida...

Es el *happy end* idiota de las cosas modernas. En aquel tiempo, no:

– ¡Ah! ¿Usted va a morir? No me diga... ¿Tuvo una visión? Mire... muchas gracias por haber venido a despedirse. Cuando llegue al cielo, acuérdesse de nosotros. Diga de parte mía tal cosa a Nuestra Señora; hable con mi ángel de la guarda de tal otra... no se olvide por favor.

– Sí, claro. Sin duda ninguna. No lo olvidaré. Hasta luego.

O sea, es exactamente la connaturalidad magnífica con lo sobrenatural. La armonía con lo celestial es el hábito de las relaciones con lo sobrenatural que crea esas cosas magníficas.

Por ejemplo, en el convento... el santo caminando de un lado para otro y, de repente le dice al prior:

– Padre Prior, juzgo necesario que Su Reverencia provea que alguien me sustituya en el apostolado con los marineros.

– Pero ¿por qué eso?

– Porque he recibido un aviso de que voy a morir.

– ¡Ah! Muy bien entonces.

El prior nombra al sustituto y el santo muere a la hora señalada; la comunidad está presente y asiste a la muerte. Se adormece en el Señor y lo enterran en paz. Hay una alegría general y una unción en el pequeño lugar donde se produce la muerte; el propio obispo que era muy amigo asiste a su muerte. Así, muere bajo las bendiciones y la mirada de su pastor, y con esa naturalidad se va al cielo.

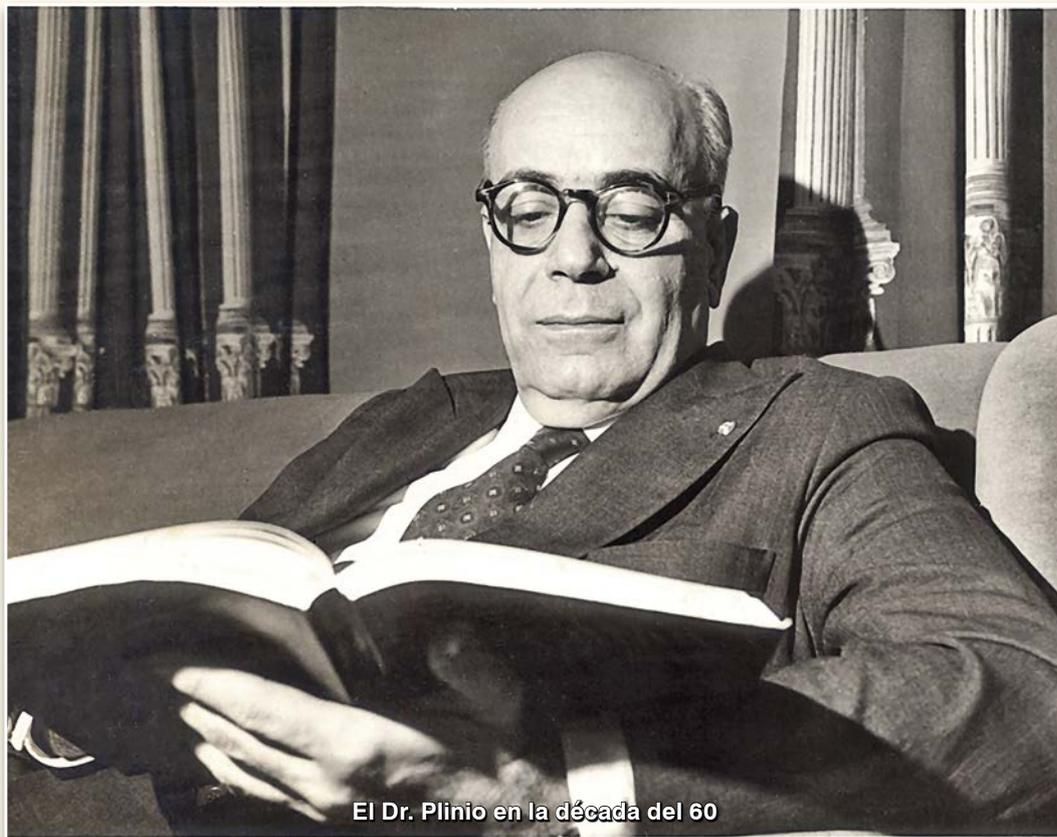
¡Cómo el cielo y la tierra están cercanos! ¡Qué abismos se suprimen dentro de ese florilegio de la Civilización Católica! Y, ¡cuánta cosa bo-

nita fue desapareciendo y que con la ayuda de Dios volveremos a ver en el Reino de María!

Creo que en el Reino de María no va a ser raro que las personas sepan con anticipación la fecha de su propia muerte. ¿Quién sabe? Me resta augurar que esa gracia nos sea dada a todos nosotros. ❖

(Extraído de conferencia de 14/4/1967)

- 1) Cfr. ROHRBACHER, René François. *Vida dos Santos*, São Paulo: Editora das Américas, 1959, Volumen VI, págs. 360-362.
- 2) Expresión metafórica creada por el Dr. Plinio para designar la mentalidad sentimental que se manifiesta en la piedad, en el arte y en la cultura en general. Las personas afectadas por ella pierden la fibra, se tornan mediocres, poco propensas a la virtud de la fortaleza, así como a todo lo que signifique esplendor.



El Dr. Plinio en la década del 60

Archivo Revista

Quedaba por enfrentar la última batalla

En lo alto de la Cruz, Nuestro Señor ya había pasado por los más atroces sufrimientos. Sin embargo, también padeció la aridez, otras terribles aflicciones y enfrentó la última batalla, antes de morir. Sufrió para rescatar las almas que se encontraban en el Limbo, los hombres que estaban en la Tierra y todos los que existirán hasta el fin del mundo.

Me gustaría comentar algunos aspectos del crucifijo que se encuentra en la Iglesia de San Francisco de Asís, en San Juan del Rey, Minas Gerais. Deseo, así, llamar la atención para una de las formas de dolor que más enfada al mundo con-

temporáneo. ¿El hombre moderno está sufriendo? Está. Pero él sufre más del dolor que percibe que camina en su dirección, que del dolor que está padeciendo. La previsión del dolor es, muchas veces, peor que el propio dolor.



El lance final, más tremendo que todos los otros

Ese crucifijo consigue, de un modo impresionante, tornar claras dos posiciones del alma de Nuestro Señor Jesucristo, Hombre-Dios. Es decir, de su humanidad ligada hipostáticamente a su divinidad, y colocada delante del tormento del dolor que va a caer sobre sí, dominada por un pánico correspondiente a la reacción de toda la naturaleza humana, pero que no cede y avanza, que está resignada y, al mismo tiempo, aterrorizada.

Noten como los ojos están fijos, abiertos y hasta muy abiertos, y no prestan atención en nada a no ser en el espectro de un dolor tremendo que se le viene encima. Toda la Pasión quedó atrás. Él ya sufrió todo y está crucificado. ¿Qué es lo que el Señor mira tan fijamente, con tanto pavor, tan desoladora y varonilmente de frente?

Para comprender bien eso, pongan la atención en la boca, medio entreabierta, lista para pronunciar una palabra que ya no tiene fuerza para articular. Consideren las cejas arqueadas y muy encima de las cavidades oculares. Es la muerte que viene... ¡Es el fin! Después de tanto y tanto sufrimiento, es aquel momento extremo de dolor, en el cual el Divino Redentor va gritar: “Dios mío, Dios mío, ¿por qué me abandonasteis?” (Mat 27, 46). Y después in-

clinará la cabeza y dirá: “Está todo consumado” (Jn 19, 30). El océano de los dolores fue bebido y está todo hecho.

He allí el lance final, trágico, más tremendo que todos los otros, a los cuales se acrecienta un diluvio de dolores, a la vista de cuyo horror vemos a Nuestro Señor Jesucristo estremecerse y aún enfrentar la última batalla.

Hay un versículo que se refiere proféticamente a Él diciendo: “*Ego autem sum vermis et non homo, opprobrium hominum et abiectio plebis.* – Yo soy un gusano y no un hombre, el desprecio de todos los hombres y el escarnio del pueblo” (Sal 22, 7). En lo alto de la Cruz, está sufriendo todo eso para rescatar a las almas que se encontraban en el Limbo, las que estaban en la Tierra y las de todos los hombres hasta el fin del mundo.

El Salvador tiene sed del alma de cada uno de nosotros

Es muy importante que comprendamos que Nuestro Señor Jesucristo era el Profeta perfecto, porque profetizó y cumplió su profecía. Los otros profetas preveían lo que Dios haría: Él, siendo Dios, profetizó y realizó todo cuanto profetizó. Ahora, ese Profeta previó en su interior todos los pecados cometidos en la humanidad hasta el fin del mundo. Por eso, en esa mirada hay dulzura, amor, y este amor se vuelve para cada uno de nosotros. Inclusive a aquellos

de entre nosotros que estemos más lejos de Él, por nuestra culpa, nuestra culpa, nuestra máxima culpa... En ese crucifijo la mirada es de quién dice: “Si fuese preciso sufrir todo por un alma, ¡Yo sufro! Aunque él rechace todo eso, Yo aún sufro más para ver si, al final, acepta.”

“Sítio – Tengo sed” (*Jn 19, 28*), dijo Nuestro Señor en lo alto de la Cruz. ¡Cuánto gustaríamos de darle de beber agua! Ahora, Él tenía sed de almas. ¡El Salvador tiene sed del alma de cada uno de nosotros! Por lo tanto, ¡esa agua nosotros podemos darle! Es nuestra alma, nuestro interior, nuestra buena voluntad, nuestra contrición.

Pidamos para nosotros, por medio de Nuestra Señora que está a los pies de la Cruz, una contrición profunda que enmiende nuestras almas y haga de nosotros una razón de alegría para su Divino Hijo. Así podremos decir: “En lo alto del Calvario, yo fui para Él una alegría y no un dolor.”

Penetró por los precipicios de la muerte porque quiso salvarnos

En otro ángulo por el cual se contempla ese crucifijo, Nuestro Señor aparece no tanto aterrorizado, sino derrotado. Y la compasión, al menos en mí, se torna más viva. Su mirada está fija, aterrorizada, pero como quién entiende que no se puede hacer nada más, pues Él es el Cordero de Dios que quita los pecados del mundo... La única cosa que queda es padecer el golpe atroz e injusto que Él, inocente, sufrirá por nosotros, culpables, para poder salvar nuestras almas. Debemos, pues, decir desde lo íntimo de nuestros corazones aquella jaculatoria recitada en el Vía Crucis y que siempre me impresionó mucho, la cual rezo cada vez que paso delante del crucifijo presente en nuestra sede: “*Adoramus te Christe et benedicimus tibi, quia per sanctam crucem tuam redimisti mundum* – ¡Nosotros os adoramos, oh Cristo, y os bendecimos, porque por vuestra Santa Cruz, redimisteis al mundo!”

Ahí está el omnipotente, el Hombre Dios. Hace algunas horas le preguntaban si era Jesús, el Nazareno, y Él respondió: “Soy yo.” Y tal es su poder que todos cayeron por tierra (*cf. Jn 18, 4-6*). Nuestro Señor podría poner de cara en el suelo a esa multitud que estaba a su alrededor y que lo abucheaba. Si Él quisiese, podría hacer entrar a los antros más profundos del Infierno, en aquel mismo instante, la caterva de demonios que andaban por los aires azuzando a los hombres contra Él. Nuestro Señor podía bajar de la Cruz, y por un imperio de su propia voluntad, recuperar toda la fuerza de su juventud, en la plenitud de sus treinta y tres años, la edad perfecta del hombre. Pero Él no quiso. Y pudiendo apartarse de la muerte con suma facilidad, penetró por sus precipicios, ¡porque quiso salvarnos!

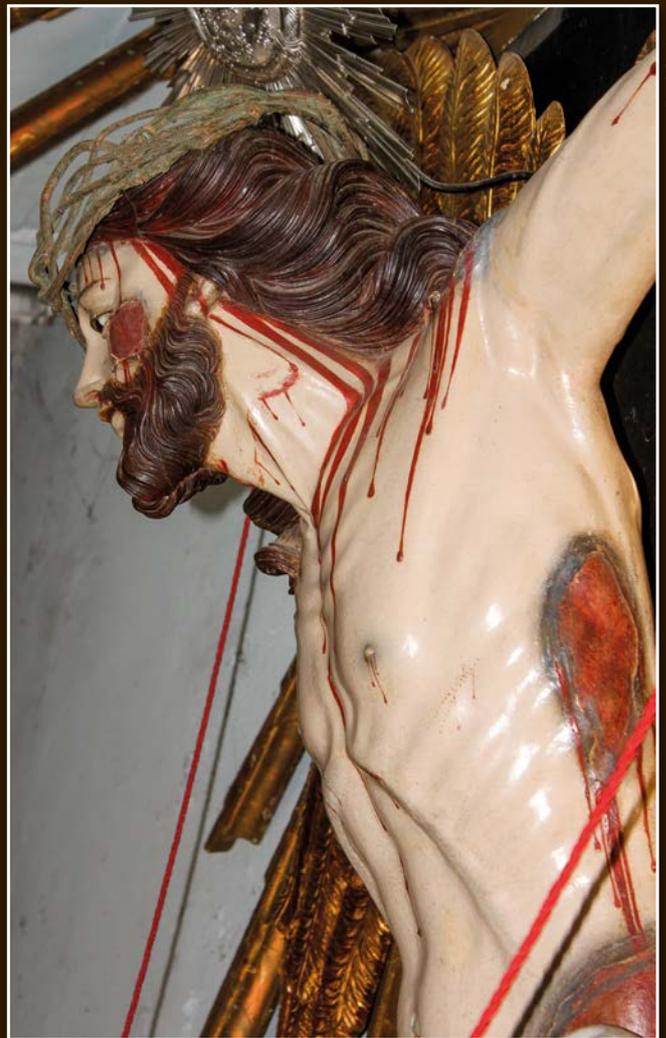
Sin duda, tenemos que hacer sacrificios para salvar nuestras almas. Sin embargo, ¡cómo son menores – a

perder de vista – de lo que Él realizó por nosotros! Delante de eso, ¿no tendremos coraje de hacer el sacrificio que nuestra salvación exige de nosotros? ¿Qué vergüenza es esa?! El tema es tan augusto que casi no comporta la brutalidad de la palabra que voy a usar: ¿Qué indecencia es esa?

Imploramos al Divino Crucificado que nos dé fuerzas a fin de que hagamos todos los sacrificios para la salvación y la santificación de nuestras almas, y para que trabajemos por su causa y la de Nuestra Señora en el mundo contemporáneo.

Todo está nublado

Vista por otro aspecto, la fisonomía de Nuestro Señor en ese crucifijo corresponde a una situación para la cual no encuentro en el vocabulario portugués ninguna palabra enteramente adecuada, como es el término francés *détresse*, Es una aflicción que estira o contuerce al hombre de todos modos, y para la cual no hay remedio. Nuestro Señor Jesucristo parece mirar al Padre Eterno, y no



Real Carlos



Flávio Lourenço



más a los hombres, y decir: “¡Padre mío, ni en Vos encuentro compasión!” En esa hora, como que una misteriosa cortina se interpuso entre su divinidad y su humanidad. Esta se encontraba en la aridez, en cuanto su divinidad, en el Cielo, estaba inmersa en la gloria y en la felicidad eternas, inseparables de la naturaleza divina. En su humanidad Jesús está mirando al Cielo, como quién dice: “¡Está todo nublado, no hay salida!”

¡En cuantas situaciones de la vida nosotros tenemos la impresión de que todo está nublado y no hay salida! En esas horas, sepamos rezar, pedir socorro por medio de Nuestra Señora, y ciertamente seremos atendidos por el Cielo.

Otra fotografía del mismo crucifijo presenta la pobre naturaleza humana colocada al borde de la muerte. *Mortis dolores circumdederunt me* – Los dolores de la muerte me cercaron (*Sal 116, 3*). Ellos me van a devorar dentro de poco. ¡Y, Hombre que soy, tengo horror de la muerte! ¡Pero Yo la quiero para salvar a los hombres!”

Uno tiene la impresión de que todas las formas de aflicción lo agotaron tanto, que Él está como que entregado y mirando a sus propios dolores como algo que ya se apoderó de Él enteramente. De manera que sólo le fal-

ta decir *consummatum est* y morir. El cáliz ha sido bebido. Se diría que hubo un sobresalto, pero hay algo de la aceptación del hecho consumado, donde está presente la dulzura de las resignaciones últimas.

Noten el aspecto impresionante de la bofetada criminal dada en el rostro, y la llaga que abrió en la faz divina.

Oh Señor, por la Sangre de Jesús y por las lágrimas de María, tened pena de mí

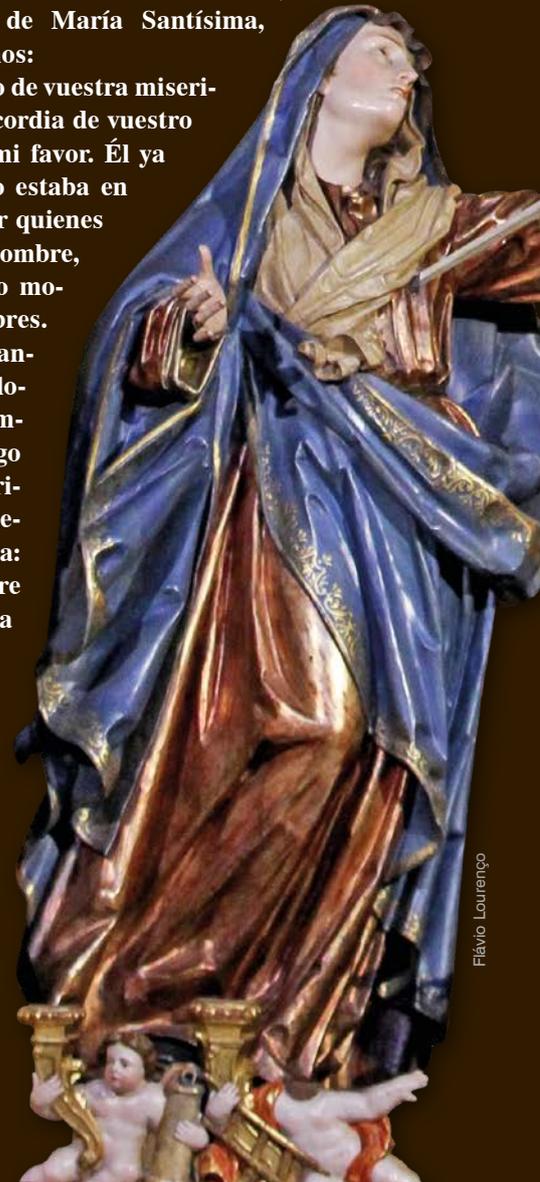
Esos son los comentarios sugeridos por esa espléndida secuencia de fotografías del crucifijo de la Iglesia de San Francisco de Asís, en San Juan del Rey. Son palabras que nos predisponen para los sentimientos de contrición que debemos tener en Semana Santa.

¿El secreto de las almas, quién lo podrá revelar? Entre los que leerán estos comentarios podrá haber almas muy desanimadas, tal vez sin esperanza de volver a levantarse enteramente. Argumentemos delante de la justicia divina con los méritos de Jesús, nuestro Redentor, y de María Santísima, Corredentora, y digamos:

“Señor, no soy digno de vuestra misericordia, pero la misericordia de vuestro hijo ya se ejerció en mi favor. Él ya vertió su Sangre, y Yo estaba en la lista de los hijos por quienes Él murió, pues soy hombre, y Nuestro Señor quiso morir por todos los hombres. Fui redimido, y cuando Nuestra Señora lloró, vertió lágrimas también por mí. Yo alego esa Sangre y esas lágrimas, y os digo, por medio de María Santísima: Oh Señor, por la Sangre infinitamente preciosa de Jesús y por las lágrimas de María, a quién amaste tan especialmente, ¡Señor, ten piedad de mí!”

Es lo que cada uno de nosotros debe decir en la Semana Santa. ❖

(Extraído de conferencia de 3/4/1985)



Flávio Lourenço



Eminente cooperadora en la obra de la Redención

Si el género humano pudo beneficiarse de la Redención es porque la Segunda Persona de la Santísima Trinidad se hizo Hombre, pues el pecado de los hombres debía ser redimido. Ahora bien, si Jesucristo asumió nuestra naturaleza, lo hizo en María Virgen, y así cooperó de modo eminente en la obra de la Redención, transmitiendo al Salvador la naturaleza humana que en los desig-nios de Dios era condición esencial de la Redención.

María santísima ofreció de modo entero y sumamente generoso a su Hijo como víctima expiatoria, y aceptó sufrir con Él, y a causa de Él, el océano de dolores que la Pasión hizo brotar en su Corazón Inmaculado.

Así, pues, la Redención nos vino por María Virgen, y su participación en la obra de resurrección sobrenatural del género humano fue tan esencial y profunda, que se puede afirmar que María cooperó para hacernos nacer a la vida de la gracia. Por lo que Ella es auténticamente nuestra Madre.

(Extraído de "El Legionario"
de 10/12/1939)